La justicia del Coyote

JOSÉ MALLORQUÍ



LIBROdot.com
http://www.librodot.com



LA JUSTICIA DEL COYOTE

Capítulo primero

Un mensaje para *El Coyote*

Dos postes verticales que se levantaban uno a cada Iado4el tablado sostenían otro poste horizontal que iba de uno a otro, y aquel tercer poste sostendría dentro de muy poco, colgado del extremo de una cuerda nueva, el cuerpo de un hombre.

Ese hombre estaba de pie casi junto a la cuerda, que aún conservaba las curvas del rollo de donde había sido cortada. El cordelero que la trenzó no pensó jamás que el limpio y fragante cáñamo de que la iba haciendo tuviera que servir un día para quitar la vida a un hombre. Pero así lo había dispuesto el Destino, y ahora Gort Gallagher estaba aguardando el momento de abandonar este mundo por otro indudablemente mejor.

El *sheriff* de San Francisco, sobre quien recaía la desagradable tarea de empujar la palanca que debía retirar el pestillo que sostenía la trampa sobre la que Gort Gallagher pasaría, en pie, los últimos segundos de su existencia, permanecía apoyado en la baranda de pino recién cortado que rodeaba el cadalso que olía, anacrónicamente, a savia, a primavera y a vida. No estaba contento del trabajo que se le había encomendado. A pesar de que la ejecución de Gort Gallagher estaba más que justificada, el *sheriff* sabía que los motivos principales

que habían llevado a Gort a aquella situación no eran, precisamente, los de que él fuera un temido pistolero y el que tuviera sobre su conciencia un buen número de crímenes u homidicios. A Gort le habían condenado a muerte sus amigos, no sus enemigos. Claro que en aquel caso los amigos de Gort eran sus peores enemigos.

-Mañana yo asesinaré a un hombre que estorba a otros -había dicho Jos Taylor a su esposa la noche antes-. Como *sheriff* de este condado he de ejecutar la sentencia recaída sobre Gallagher; pero no será una sentencia, sino un crimen. El jurado estaba vendido, el juez atemorizado, y los demás, o recibieron dinero o amenazas, y al fin y al cabo, Gort es un delincuente peligroso.

-No te preocupes demasiado -aconsejó su esposa- Tú, al fin y al cabo, no haces más que cumplir con tu deber. La Justicia debe ser ciega.

-Pero yo no lo soy, y me quema la sangre pensar que cuando mi mano envíe al otro mundo a Gort Gallaguer habrá unos cuantos que reirán muy contentos del trabajo que les habré ahorrado.

Y había llegado ya el momento. No cabía esperar un indulto, porque el gobernador del Estado de California nunca se habría molestado por salvar la vida de un pistolero profesional que no tenía sobre su conciencia más que crímenes y delitos similares.

Los agentes del *sheriff* habían ceñido ya con una recia correa los brazos de Gort y le habían abierto la camisa. Los espectadores reunidos en torno al cadalso no se impacientaban, porque cuanto más durase el gratuito y emocionante espectáculo, tanto mejor para ellos, que eran los únicos que disfrutaban de él.

Pero no eran ellos los únicos que estaban pasando un buen rato. Desde un coche detenido en lo alto de un montículo cercano, King Colín, acompañado de sus pistoleros Buck Blanton, Red Garner y Clay Abbot, contemplaba el espectáculo. En aquellos momentos sonreía, aunque oficialmente había fingido hacer todo lo posible por salvar al que hasta unos días antes fue su principal colaborador.

-Gort tiene muy buen aspecto -dijo Blanton, que con unos pequeños gemelos seguía todos los preliminares.

-Siempre dije que subiría al cadalso como un hombre -sonrió blandamente King Colin, cuyo leonino semblante mostraba en aquellos momentos una fingida compunción-. Es muy agradable que sea así.

-Hubiese sido muy desagradable que hubiera empezado a contar quiénes eran sus cómplices, ¿verdad? -rió el pelirrojo Red Garner.

-Los hombres como Gort mueren sin traicionar a sus amigos -sonrió Clay Abbot-. Aunque si hubiera sabido la faena que le habían hecho sus amigos quizá no hubiese tenido tantos escrúpulos.

-Gort no puede tener queja de mí -replicó, siempre con su fingida tristeza, King Colin-. Le envié buen tabaco, buena comida y le proporcioné un elegante traje para que pudiera presentarse dignamente ante el público. ¿Qué más podía querer?

-Nada -contestó Garner-. ¡Pero si hasta su ahijada recibirá todas las atenciones que puede apetecer una mujer!

-Déjate de ironías, Red -interrumpió King, duramente-. Nuestro

trabajo se ha de realizar, y no olvides que hasta hace unos días Gort se consideraba imprescindible.

-¿Quiere decir que yo soy menos insustituible que él? -preguntó Garner, acercando la mano a la culata de su revólver.

-Sí, eso quiero decir, y si tienes sentido común apartarás la mano de ese revólver, pues entonces te tendría que sustituir inmediatamente.

-Para eso tendrías que ser más rápido que yo -replicó Garner.

-Lo sería; pero no es necesario que demostremos de lo que somos capaces. No me interesa matarte, pues tengo para ti muy buenos trabajos; pero no me gusta que mis hombres se permitan burlas a mi costa. ¿Entendido?

-Entendido; pero quiero que entienda que a mí tampoco me gusta que me digan ciertas cosas, jefe.

-Parece que ya le van a ahorcar -anunció Buck Blanton, señalando hacia el cadalso.

Taylor habíase acercado al reo y con voz tensa le anunció:

-Ha llegado el momento, Gallagher.

-Tenía que llegar -replicó el condenado-. Cuando quieras, Jos.

-Te aseguro que me duele mucho tener que ser yo quien... quien...

-Sí, ya lo sé; pero con que lo sientas no se resuelve nada. Ni tú ni yo tenemos importancia en este asunto. Ni yo puedo evitar mi suerte ni tú el tener que abrirme la puerta al otro mundo. Pero sí me puedes hacer un favor.

-¿Cuál?

-Me gustaría decir unas palabras al público. Creo que entra dentro de los derechos del condenado.

-Pues... sí, creo que sí. Pero... supongo que no te estarás hablando un par de horas.

-No. Seré breve; pero tampoco empezaré a dar consejos a los adolescentes para pedirles que no sigan mi mal camino.

-Tienes derecho a decir lo que se te antoje.

Cuando Gallagher avanzó hacia la baranda del cadalso, se hizo un profundo silencio entre los espectadores, pues todos comprendieron que el reo iba a hablar, y todos tenían interés por oír sus últimas palabras, aunque casi todos creían adivinar cuáles serían: protestas de inocencia o bien consejos encaminados, más que a conmover a los niños, a lograr una reacción del público que acaso se podía traducir en un indulto exigido por la voluntad popular.

Pero nadie acertó en sus pronósticos, pues las palabras que Gort Gallagher pronunció con firme acento fueron muy distintas de las esperadas.

-Amigos -empezó-. No os molestaré diciéndoos que soy inocente de los delitos de que se me acusa. Soy culpable de ellos y de otros muchos. La justicia está acertada al terminar conmigo; pero con ello no cumple con todo su deber. Hay algo más que no ha hecho. Y como sé que no puede hacerlo, yo encargo de ese trabajo a un viejo enemigo mío.

Interrumpióse Gort y el silencio que reinaba en la plaza pareció aumentar. Todos esperaban, impacientes, las próximas palabras del condenado a muerte. Al fin, éste siguió:

-Mi mensaje es para *El Coyote.*

Un murmullo de asombro corrió por el mar de cabezas que rodeaba la blanca roca del cadalso. ¿Cómo se atrevía un reo de muerte a pronunciar el nombre del *Coyote*?

-Sí, me dirijo al *Coyote* -prosiguió Gallagher-. No sé quién es, ni dónde está, ni siquiera si vive todavía; pero hace cinco años él me arrancó de un balazo el lóbulo de la oreja izquierda y me dijo que no disparaba mejor porque tenia la esperanza de que aún podría regenerarme. Deseo que *El Coyote* recuerde dónde ocurrió aquello, porque en el árbol a cuyo pie quedé sentado encontrará los detalles relativos a las causas que me han traído aquí. Hubo algo que yo no supe hacer y que le ruego que él haga. Que termine la labor que yo no empecé. Y que obtenga para mí el perdón de la persona que hasta ahora sólo tiene motivos de odio hacia el que debió ser su amigo y ha sido su enemigo.

Gallagher se interrumpió un momento y después de respirar profundamente, terminó:

-Aquel de todos vosotros que conozca al *Coyote* que le lleve mi mensaje. Adiós.

Y volviéndose hacia Jos Taylor dijo:

-Cuando quiera, *sheriff.*

King Colin volvióse hacia sus compañeros y preguntó:

-¿Qué significa eso?

-Una tontería más de Gallagher -declaró Blanton.

-Me parece que no es precisamente una tontería -dijo Red Garner-, *El Coyote* es una realidad.

-Pero ¿qué tiene que ver *El Coyote* con esto? -preguntó Colin.

-Hace años marcó a Gallagher y él le guardaba bastante rencor.

-Por eso me parece una tontería que acuda a él –dijo Abbot.

-*El Coyote* sería un enemigo peligroso si llegase a enfrentarse con nosotros -afirmó Red Garner.

Un silencio casi tangible se había hecho de pronto en la plaza. Colin y sus hombres volvieron la vista hacia el patíbulo. Iba a llegar el momento de que Gort Gallagher pagase su deuda con la justicia.

La mano del *sheriff se* posó en la palanca y Gallagher sintió temblar bajo sus pies la trampa que iba a ser, para él, la puerta hacia la eternidad.

Cuando diez minutos después un médico certificó que el alma de Gort Gallagher había abandonado aquel cuerpo que colgaba entre el cielo y la tierra, la mirada de Jos Taylor, huyendo del desagradable espectáculo, se clavó en el madero transversal y una exclamación de asombro brotó de los labios del sheriff.

Porque casi rozando el punto donde se anudaba la tensa cuerda justiciera se hallaba, fuertemente clavado, una especie de pequeño dardo de afilado acero en el que se veía, atado, un papel.

Un muchacho se encaramó hasta allí y aunque no pudo retirar el dardo, sí pudo obtener el papel, que entregó al *sheriff.*

Este, sus ayudantes, el alcalde de San Francisco y algunas personas más, que habían subido a enterarse de lo que ocurría, leyeron en el papel, escrito con letras mayúsculas, esta sola palabra:

«ACEPTO»

y debajo este dibujo:



-¡La firma del *Coyote*! -exclamó alguien. Y todas las miradas buscaron, inquietas, quién podía haber enviado el rápido mensaje, por medio del cual *El Coyote* daba su conformidad a la petición que antes de morir le había dirigido Gort Gallagher.

Más tarde se examinó el dardo y se comprobó que era una corta hoja de acero, triangular, a la cual se había aplicado un penacho de plumas; pero en total, el dardo no medía más de veinticinco centímetros, y nadie se explicaba cómo había podido llegar hasta allí.

Capítulo II

Una reunión en San Francisco

Don Diego Rivera había nacido en Hierbabuena, que luego se llamó San Francisco, en un momento bastante inoportuno. Lo hizo en 1806, cuando su padre, el comandante Rivera, había marchado a la cabeza de medio centenar de soldados peninsulares a enterarse de cuáles eran las verdaderas intenciones de ciertos tramperos rusos que habían descendido desde Sitka, estableciendo una factoría y un fuerte en Bodega y haciendo ondear sobre él la bandera del zar y diciendo, sin más trabas que las impuestas por su desconocimiento del idioma español, que se mal hablaba en aquellos lugares, que la Alta California pasaba a ser dominio del zar de todas las Rusias.

Mientras su hijo era sacado a este mundo, el comandante Rivera y sus cincuenta soldados procedieron a demostrar a los nuevos colonos que si los españoles habían llegado hasta allí no era con el fin de permitir que unos colonos de Alaska se establecieran en lo que era propiedad de ellos.

La eficacia con que incendiaron el fuerte y la factoría y lo dispuestos que se mostraron a dejar entre las llamas a todos los que debían haber defendido el puesto, convencieron a los rusos de que con toda su crudeza, el clima de Alaska era para ellos más saludable que el templado sol de California.

Cuando el comandante Rivera regresó a su casa, su hijo Diego ya había echado los primeros dientes. El valiente militar no pudo hacer otra cosa que aceptar las tierras que le fueron ofrecidas como premio a su hazaña y dejando que su mujer cuidase de ellas y de sus otros cinco hijos se despidió de ella y marchó hacia Nueva España, de donde se le llamaba con urgencia. Una vez en la ciudad de Méjico, el comandante se enteró de que en la Vieja España estaban ocurriendo cosas muy desagradables entre sus compatriotas y los franceses de Napoleón.

Deteniéndose sólo el tiempo necesario para escribir una breve carta a su esposa, el comandante Rivera embarcó hacia la península, llegando a tiempo de intervenir en las batallas más sangrientas de la Guerra de la Independencia, con la mala suerte de que en la acción ante Vitoria, cuando ya había alcanzado el grado de coronel, recibiera en el pecho una bala fundida en Francia y que si fue una condecoración más para aquel pecho, también fue la penúltima que el bravo militar recibió, ya que dos días más tarde era enterrado en el cementerio vitoriano. Años después le era concedida la Gran Cruz Laureada de San Fernando, cuya pensión recibió su viuda, a quien el Gobierno informó, con harto retraso, de que su esposo se había quedado para siempre en su tierra natal.

Doña Concepción Saavedra de Rivera pensó, por un momento, en regresar a España; pero sus tierras exigían toda su atención, los hijos eran aún muy pequeños y, además, la buena mujer tenía muy mal recuerdo del viaje desde España a Méjico, por lo cual prefirió quedarse allí.

El pequeño Diego se enteró, a los catorce años, de que debido a unas guerras civiles, California ya no era de España, sino de cierta República Mejicana, cuya bandera vio izar mezclado entre los novecientos vecinos que por entonces tenía la ciudad.

Durante los veintiocho años siguientes, don Diego Rivera asistió a todo el desorden que acompañó a la soberanía mejicana. Se casó, tuvo hijos y un buen día vio cómo la bandera verde, blanca y roja era arriada por unos marinos extranjeros que habían llegado hasta la pequeña plaza y sustituida por otra compuesta de estrellas y barras rojas y blancas. Era en 1848 y la soberanía norteamericana sustituía a la mejicana. Una nueva era empezaba para California.

Un año después, en el 1849, un tal Marshall encontraba oro en el molino del suizo Sutter. Don Diego escarbó un poco sus tierras y también encontró oro, y con él un sin fin de preocupaciones acentuadas por el alud de extranjeros que desde todos los puntos del mundo llegaban a San Francisco, que estaba enloquecido por la fiebre del oro, y en cuyas calles dormían los que no encontraban otro alojamiento.

Un río de gente llegaba cada día a la ciudad para dirigirse a los campos auríferos. Otro río de mineros descendía a San Francisco para gastar alegremente el oro encontrado con tanto esfuerzo. Don Diego Rivera despreciaba a los yanquis; pero como tenía la mano muy fuerte y la inteligencia muy despierta, reclutó indígenas y les hizo derribar árbol tras árbol, en tanto que una serrería mecánica transformaba en casas que eran alquiladas inmediatamente a razón de mil dólares mensuales

cada habitación. Sus beneficios fueron enormes y cuando cesó la fiebre del oro don Diego se encontró convertido en uno de los hombres más ricos de California. Sus recuerdos de aquella época eran constante tema de conversación.

-¡Qué tiempos aquellos, don César! -explicaba en aquel momento a su distinguido visitante de la Baja California-. No volveremos a ver nada comparable.

César de Echagüe, sentado frente a don Diego, se tragó un bostezo y sonrió débilmente. Siempre que acudía a San Francisco tenía que ser huésped del famoso don Diego, quien le cobraba el hospedaje, repitiéndole siempre las mismas historietas. Por fortuna en aquel momento el relato tenía un oyente interesado en el pequeño César, que, sentado junto a su padre, devoraba las palabras del viejo.

-Cada noche mataban a alguien. En el cincuenta y cuatro calculamos que morían un total de doce personas cada día. Claro que no siempre morían doce, a veces sólo eran uno o dos; pero hubo sábados y domingos en que murieron cincuenta y tantos mineros. Una noche pasaba yo frente a la Bella Unión, que era un verdadero infierno donde se bebía licor a dos dólares el vasito, se jugaba a todos los juegos y se pecaba de todas las formas. Frente al local vi a tres hombres tendidos en el suelo. Creí que estaban dormidos; pero alguien me dijo que eran unos borrachos que al salir de la Bella Unión tropezaron y cayeron en el barro que llenaba la calle. ¡Y murieron ahogados en él! ¡Qué tiempos, don César! Usted no debe de recordarlos, pues entonces era muy chiquillo, ¿no?

-Era bastante hombre -logró decir César de Echagüe a través de un inoportuno bostezo.

Por fortuna don Diego no se preocupaba de las respuestas, le bastaba con tener a alguien que le escuchara.

-A veces, cuando está solo, se sienta frente a un espejo y habla con su imagen -había dicho una vez doña Consuelo Ribas, la peor lengua de San Francisco. Y agregó-: Entonces es cuando más se enfurece, pues acaba convenciéndose de que su imagen le lleva siempre la contraría.

-Pero vivía en Los Ángeles -siguió don Diego-. Y no es que quiera ofender a su pueblo; pero aquello aún no es una ciudad como San Francisco y tardará mucho en serlo.

-Realmente, don Diego, si para ser ciudad ha de pasar por lo que está pasando San Francisco, prefiero que siga siendo un pueblo -sonrió César.

Los que estaban cerca sonrieron también y don Diego, como ocurría siempre que le llevaban la contraría, torció el gesto.

-No es Los Ángeles un lugar muy pacífico, tampoco -refunfuñó.

-Por poco que lo sea no alcanzará nunca el carácter de San Francisco -dijo César, bostezando abiertamente-. Esto está lleno de bandidos de la peor especie.

-Y en Los Ángeles tienen al *Coyote* -bufó don Diego-. ¿Es que *El Coyote* no es un bandido de los peores?

-Desde luego -replicó, visiblemente aburrido, don César-; pero *El*

Coyote no es propiedad exclusiva de Los Ángeles. Que yo recuerde, ha actuado en toda California y en algunos lugares bastante alejados de esta tierra.

-Sí, usted lo sabe bien, don César -rió Diego Rivera-. En Monterrey le quisieron cargar el muerto a usted, ¿no?

-Creo que sí -replicó César.

Diego Rivera echóse a reír.

-¡Debieron de estar soñando! Es usted el hombre menos *Coyote* que he visto en mi vida.

-De lo cual me alegro mucho -replicó Echagüe.

-¿De quién hablan? -preguntó la señora Ribas, acercándose al grupo-. ¿Del *Coyote*?

-Sí; lo mencionábamos -replicó Rivera-. Nos acordábamos de cuando confundieron a don César con el terrible *Coyote.*

-¡Fue algo muy cómico! -rió también, la señora Ribas-. ¡Confundir a un caballero tan simpático con un bandido tan terrible!

-¡Sssssssttt! -siseó don César, inclinándose hacia delante y adoptando la expresión de un hombre asustado-. ¡Cuidado!

-¿Qué... qué ocurre? -tartamudeó la señora Ribas en tanto que los demás también se sobresaltaban.

-¡El Coyote! -exclamó don César.

-¡Eh! -gritó don Diego, levantándose de un salto-. ¿Dónde está?

-Aquí -replicó don César.

-¿Dónde? -preguntaron todos.

-En San Francisco -respondió don César, recostándose en su sillón-. Y juraría que está también aquí. Tiene el vicio de aparecer en los sitios donde menos se le espera y como se ha hablado mal de él... a lo mejor se enfada...

-No bromee, don César -reprendió don Diego-. Esta es una casa honorable y en ella no se reciben personas como *El Coyote.* ¡Yo conozco bien a mis invitados! Además, no acabo de creer en la realidad del *Coyote.* ¡Ha habido tantos!

-Pero ya sabe lo que ha ocurrido hoy cuando ahorcaron a aquel Gallagher -dijo uno de los invitados-. Antes de morir, el condenado pidió auxilio al *Coyote,* y antes de que muriera, *El Coyote* aceptó el encargo.

-¿Cómo pudo tirar el cuchillo? -preguntó otro-. Necesitaron unas tenazas para arrancarlo.

-¿Cómo era ese cuchillo? -preguntó César de Echagüe.

-Muy raro -contestó el más informado de todos-. Era una hoja triangular, como de un estilete, y estaba adornada con un penacho de plumas.

-Entonces debía de ser un dardo de esos que antes se lanzaban con las ballestas -contestó César-. Creo que don Diego tiene algunas hermosas ballestas en su colección de armas antiguas, ¿verdad?

-¿Eh? -don Diego lanzó un bufido-. Sí, tengo ballestas y dardos... Pero ¿qué quiere insinuar usted con eso, don César?

-Yo nunca insinúo nada, mi querido don Diego... -Aquí César de Echagüe bostezó ampliamente-. Sólo he dicho que usted es el feliz poseedor de la mejor colección de ballestas españolas y alemanas que

existe en América. Y como desde el desván de esta casa se divisa perfectamente el lugar donde ejecutaron a aquel Gallagher, no tendría nada de extraño que alguno de los que estábamos en casa cuando se realizó el ahorcamiento del reo hubiera subido al desván, provisto de una de sus ballestas, y disparando el dardo hubiera creado esta situación.

-¿Qué está insinuando usted acerca de mis invitados? -bufó don Diego Rivera-. ¿Acaso me va a decir que uno de ellos es *El Coyote*?

-Ya le dije que yo nunca insinué nada, mi querido don Diego. Además, entre sus invitados figuro yo, y si echo algo de tierra encima de ellos, la echo también encima de mi cabeza, pues soy uno de sus invitados.

-Pero, ¿quién diablos va a sospechar de usted? -estalló el dueño de la casa-. Si hay alguien que no pueda ser *El Coyote,* ese alguien es usted.

-Sospecho que eso es una ofensa -sonrió don César.

-Sospeche lo que quiera; pero no repita a nadie esa historia de la ballesta...

En aquel preciso momento entró en el salón uno de los criados de don Diego, anunciando:

-El capitán Farrell desea hablarle, señor.

-¿El capitán? ¿Y qué demontres quiere a estas horas...?

-A lo mejor desea hablarle de la ballesta -bostezó don César.

-¡Mamarracho! -gruñó don Diego, que no se distinguía por ser bien hablado. Y volviéndose hacia el criado, ordenó-: Hazle pasar.

El capitán Farrell era un hombre alto, delgado, de rostro duro, que se había distinguido durante la guerra de Secesión y también en las luchas contra los indios. Tenía fama de ser hombre enérgico; pero también se le conocían diversas pruebas de buen corazón. Vestía levita negra, sombrero de anchas alas, con el distintivo de su regimiento, y llevaba espada y revólver.

-¿A qué debo este honor, si es un honor? -preguntó don Diego.

-Mi visita no se debe a ningún motivo de cortesía -replicó Farrell-. Hoy ha ocurrido algo extraño que necesita justificación y aclaración.

-¡Cómo apesta a coyotes! -comentó don César desde su sillón.

El capitán volvióse bruscamente hacia él y preguntó, entornando los ojos:

-¿Qué quiere usted decir? Y ¿quién es usted?

-Me llamo César de Echagüe, soy de Los Ángeles y estoy en San Francisco de paso o, mejor dicho, para visitar a mi querido amigo don Diego Rivera.

-Le he preguntado qué ha querido decir con aquello de que apestaba a coyotes -replicó el capitán.

-Le juro, señor Farrell, que al nombrar a los coyotes no me refería a usted -aseguró César.

-Lo creo -contestó el capitán-; pero ha pronunciado usted un nombre que está relacionado con mi visita a esta casa.

Nuevamente César ocultó con la mano derecha un amplio bostezo y volviéndose hacia don Diego, cuyo rostro expresaba fuerte tormenta,

declaró:

-Como ve, querido don Diego, el capitán viene a preguntarle por sus ballestas.

-¿Cómo sabe...? -empezó Farrell, y conteniéndose agregó-: ¿Quién le ha informado del motivo de mi visita?

-De su visita nos ha informado aquel criado que parece un papamoscas, y los motivos los he adivinado estrujando un poco mi cerebro. Pero explíquele a don Diego los cargos que tiene contra él.

-¿Cómo ha dicho usted que se llamaba? -preguntó Farrell.

-César de Echagüe, de Los Ángeles, donde soy propietario del rancho de San Antonio, del rancho Acevedo y de unas cuantas tierras más, valoradas todas ellas en un total de cinco millones de pesos. De acuerdo con los cánones generalmente establecidos, soy un hombre importante y además, debo ser un hombre honrado, respetable y...

-A pesar de lo cual, una vez se le acusó de ser *El Coyote,* ¿no?

-Tiene usted buena memoria -sonrió don César-. Sí, hace unos años, en Monterrey, se me acusó de ser... eso que usted ha dicho; pero... también a usted le acusaron de haber sustraído tres mil quinientos dólares de la caja de su regimiento y de habérselos jugado al póquer con el honorable fin de convertirlos en diez o doce mil. Pero luego, al examinarse las cuentas, se vio que todo había sido un error y que no faltaba ni un dólar.

Farrell había palidecido intensamente y por unos momentos quedó sin habla. Al fin, haciendo un esfuerzo, replicó:

-Sabe usted muchas cosas, don César.

El señor de Echagüe se encogió, modestamente, de hombros.

-Lo que todo el mundo sabe. Nada más. De la misma forma que usted sabe lo que todo el mundo sabe.

-Bien... -Farrell volvióse hacia el dueño de la casa y pidió-: ¿Podría mostrarme su colección de armas?

-¿Con qué derecho me pide eso? -preguntó don Diego.

-De momento sólo se lo pido como amigo, es decir, particularmente. Tiene usted pleno derecho a negarse, en cuyo caso conseguiremos una orden judicial y con ella procederemos a actuar por la fuerza.

-No es necesario. Soy inocente de toda culpa y puede actuar como guste. Sígame.

En aquel momento apareció el criado que anunciara a Farrell y, dirigiéndose a éste, dijo, tendiéndole un pliego sellado:

-Acaban de traer esto, capitán.

El militar tomó la carta y miró el sello y lo escrito en una de las caras. Por fin, rompió el sello, desdobló el papel y leyó rápidamente el contenido. Al terminar dobló la carta y la guardó, lentamente, en un bolsillo. Una gran transformación se había verificado en su rostro. Parecía haber envejecido diez años de golpe. Con voz apenas perceptible, dijo:

-Cuando usted quiera, don Diego.

César de Echagüe, que no perdía de vista a Farrell, sonrió casi imperceptiblemente cuando el capitán volvía la espalda. Luego, se puso

en pie, y con paso lento acercóse a una de las ventanas, desde la cual miró hacia fuera. Debajo de uno de los faroles de petróleo que mal alumbraban la calle vio a un peón vestido de blanco y cubierto con un ancho sombrero de paja.

-Has sido muy oportuno -musitó. Luego volvió a su sillón y dejóse caer en él, como si estuviese muy cansado. Tres minutos después dormía profundamente, ante el escándalo de los invitados.

Capítulo III

Los recuerdos del capitán Farrell

Mientras seguía a don Diego, el capitán Farrell volvió a sacar la carta que habia recibido y la releyó. Cada palabra parecía escrita con fuego y todas ellas le abrasaban el corazón.

«CAPITÁN: Hace tres años recibió mi primer mensaje. Lo recuerda, ¿verdad? Ahora recibe el segundo y con él la oportunidad de pagar aquel pequeño favor. Es necesario que no vea nada, que no encuentre nada y que abandone la idea de abrillantar, su carrera con un gran descubrimiento. Necesito el dardo que le ha puesto sobre la pista. Esta noche, a las dos de la madrugada, podrá encontrarme junto a las ruinas de la misión Dolores, para entregarme el dardo. Usted sabe dónde está. En su lugar deje esta nota, como recibo del dardo.»

Tomando el otro papel que iba dentro de la carta, el capitán Farrell leyó:

«He recibido un objeto de mi propiedad.»

-Un momento, don Diego -pidió Farrell.

-¿Qué quiere?

-¿Es ésta la habitación donde guarda sus colecciones de armas antiguas? -preguntó el capitán, señalando una recia puerta de roble.

-Sí.

-¿Es la única entrada?

-La única.

-Entonces déme la llave y mañana por la mañana examinaré mejor las armas.

-¿Por qué le he de dar la llave? -preguntó don Diego.

-Para evitar que se cambie nada -contestó el capitán. Y agregó-: Le aseguro que lo hago por su bien y que ningún perjuicio se le

reportará de ello... Le doy mi palabra de honor.

Don Diego Rivera vaciló un momento y, por fin, tendió la llave al capitán, diciendo:

-No entiendo nada; pero confiaré en usted.

-Gracias -replicó Farrell, guardando la llave-. Así no le entretendré más. Buenas noches.

-Buenas noches.

Encerrado en su despacho, el capitán Farrell jugueteó distraídamente con el dardo arrancado del cadalso de Gort Gallagher. Jos Taylor se lo había entregado por ser él el jefe de Los Vigilantes, la organización civil dedicada a imponer la ley en la ciudad, y cuya jefatura había recaído en el capitán Farrell, que era considerado como el más enérgico de los militares de la costa del Pacífico.

Varias veces habían tenido que reunirse Los Vigilantes para dominar a los que trataban de alterar el orden en la famosa ciudad. En un principio fueron sólo una fuerza desordenada, mal armada y peor dirigida; pero al fin habían constituido una perfecta organización militar, provista, incluso, de artillería. Desde que Farrell estaba al frente de Los Vigilantes, la actividad de éstos había sido sumamente eficaz, hasta el punto de que después de un par de choques, los elementos subversivos de la ciudad convenciéronse de que era mucho más saludable no enfrentarse con Los Vigilantes.

-Sólo ustedes pueden luchar contra *El Coyote* y vencerlo -le había dicho unas horas antes Jos Taylor, entregándole el dardo.

El capitán había vacilado y, de buena gana, hubiese rechazado el encargo que le hacía Taylor; pero no podía explicar a éste los motivos que le impulsaban a sentir una gran repugnancia por chocar contra *El Coyote.* Al fin había aceptado el encargo; pero antes de terminar la primera investigación, un mensaje del *Coyote* le había frenado.

-¡El Coyote! -murmuró Farrell.

Releyó la carta y los recuerdos regresaron a su cerebro.

Tres años antes había recibido el primer mensaje del *Coyote.* Entonces aquel mensaje fue su salvación. Ida Hubbard. La Bella Unión. Dos nombres y un mismo pecado. La Bella Unión era uno de los más famosos garitos de San Francisco. Allí se jugaban las partidas más arriesgadas y el dinero no corría en ningún otro lugar con la abundancia que allí. Por muy alta que fuera la apuesta, la casa siempre la aceptaba. Una mujer arrebatadora, Ida Hubbard, tenía a su cargo una de las mesas de ruleta. Por verla, por recibir una sonrisa suya, Fred Farrell acudió noche tras noche a aquella mesa. Y para poder permanecer unas horas frente a Ida jugó y perdió primero su dinero, luego el que no era suyo y, una noche, a la invitadora sonrisa de Ida Hubbard, Fred Farrell no pudo responder con ninguna moneda más. Había gastado todo el dinero que le fue confiado a su custodia. Al día siguiente tenía que presentar el estado de cuentas y no podría justificar en modo alguno la desaparición de casi cuatro mil dólares. Desde tres noches antes había acudido a La Bella Unión con la esperanza de recuperar todo el dinero tan locamente perdido; pero aunque tuvo algunas fugaces rachas de buena suerte, éstas no duraron el tiempo

suficiente para permitirle rehacerse, y a las doce de aquella noche, el capitán Farrell vio cómo el asistente de Ida Hubbard se llevaba la última moneda de veinte dólares.

Angustiado, Fred Farrell acudió a King Colin, dueño del garito. La conversación sostenida con él la recordaba con toda claridad.

-Necesito que me preste dinero, King -le había dicho.

-¿Quinientos dólares? -preguntó sonriente, el dueño del garito-. ¿Quiere probar mejor fortuna?

-No, ya me he convencido de que mi fortuna es mala. Pero necesito cuatro mil dólares. Se los devolveré dentro de dos o tres días.

King Colin era un hombre de modales suaves, sonrisa fácil; pero de una energía que se reflejaba en sus claros ojos y en su firme boca.

-Cuatro mil dólares... -murmuró pensativo; y por un momento Farrell alimentó la esperanza de que el propietario de La Bella Unión se dejara ablandar; pero las intenciones de Colin eran muy otras-. Cuatro mil dólares son muchos dólares -dijo-. Son seiscientos menos de los que ha perdido usted en los últimos días.

-He perdido casi cinco mil.

-¿Y quiere usted que le devuelva una parte?

-No me entiende usted, señor Colin -replicó Farrell-. No se trata de que me devuelva el dinero que he perdido. Présteme cuatro mil dólares por tres días. Luego se los devolveré. Los mismos. Y hasta le pagaré intereses...

King Colin le había interrumpido con un ademán.

-No siga, capitán. No me dedico a prestar dinero con usura. Mi negocio es de muy distinta clase. Creo conocer los motivos que le impulsan a pedirme ese dinero. Mañana hay revisión de cuentas y las suyas no están claras. Circula por todo San Francisco el rumor de que el capitán Farrell se está jugando el dinero que le confiaron. Aunque es grande, San Francisco no lo es tanto como para que las noticias no corran velozmente por toda la ciudad. Todo se sabe y... sus jefes están tan bien enterados como yo de la clase de vida que usted lleva... No, no trato de ofenderle, capitán. Sólo quiero hacerle ver las cosas tal como realmente son y justificar mi comportamiento. Usted confía en salir del mal paso en que anda metido reponiendo los cuatro mil dólares que le faltan. Llegará la revisión de cuentas, se encontrará todo conforme y usted continuará administrando el dinero. En cuanto los inspectores vuelvan la espalda, usted retirará los cuatro mil dólares y vendrá a devolvérmelos, y luego, ahorrando, haciendo mil esfuerzos, irá reponiendo lentamente la suma que faltará en la caja.

-Así es. Le felicito por su sagacidad.

-Muchas gracias; pero el caso es, capitán Farrell, que se ha decidido que usted no vuelva a administrar el dinero de su regimiento.

-¿Qué dice?

-Que a partir de mañana el capitán Farrell no volverá a administrar un centavo. Se ha decidido ya retirarle de ese puesto.

-¿Es que saben...?

-No, no. Sus jefes no saben con certeza si usted ha sustraído el dinero o no. Lo sospechan y lo temen; sobre todo lo temen.

-¿Por qué?

-Porque si el capitán Frederick Farrell resulta culpable de desfalco, entonces tendrán que buscar a otro para que ocupe el puesto de jefe de la milicia ciudadana llamada Los Vigilantes.

»Sí, los señores vigilantes desean un militar de carrera que los mande, y nadie mejor que usted, que tanto se ha distinguido en las últimas campañas contra los pieles rojas y en la pasada guerra. A su sueldo piensan agregarle quinientos dólares más; pero a condición de que usted los instruya militarmente y los convierta en una fuerza eficaz.

-Está usted muy bien informado, señor Colin.

-Lo estoy por necesidad. Si no supiese todo lo que ocurre en la ciudad no tardaría ni una semana en estar arruinado.

-Si es verdad lo que usted dice, Colin, en ocho meses le puedo devolver, sin ningún esfuerzo, el dinero que le pido. Le entregaré mensualmente los quinientos dólares...

-No, no, capitán. Usted no me entiende. No se trata del dinero en sí. Cuatro mil dólares no significan tanto para mí. Puedo tirarlos si quiero. Pero... lo que más me importa es... poder conservar la situación actual, o sea poder seguir ganando veinte o treinta mil dólares cada noche. Si yo supiera que alguien me garantizaba que mi situación no iba a cambiar, le daría no cuatro mil, sino hasta diez mil.

-No lo entiendo...

-Sí que me entiende, capitán. Usted va a ser nombrado jefe de Los Vigilantes. Ya conoce su manera de ser. En un momento dado se reúnen y marchan contra los establecimientos de mala nota, especialmente casas de juego y tabernas y los clausuran violentamente, o sea rompiéndolo todo. Hasta ahora yo me he librado de esa suerte; pero nadie puede asegurarme que el día de mañana no seré, también, víctima de los afanes puritanos de Los Vigilantes.

-Bien, señor Colin, usted me ofrece diez mil dólares si yo le prometo que al ser nombrado jefe de Los Vigilantes haré cerrar otros locales, pero nunca el suyo. Si acepto usted me salva de la vergüenza de ser acusado de desfalco. Si no acepto me deja a mi suerte.

-En este lamentable mundo, nadie da nada por nada. Firme usted un documento mediante el cual se comprometa a no molestarme en agradecimiento a los diez mil dólares que le entrego para cubrir su desfalco. Al momento recibirá el dinero, y sólo si algún día trata de olvidar su promesa será utilizado contra usted el documento.

Fred Farrell quedó pensativo. Al cabo de un rato levantó la cabeza y, mirando fijamente a King Colin, declaró:

-No trato de aparentar una fácil indignación que tal vez usted creyera destinada a disimular mis verdaderos sentimientos o a salvar mi cara, como decimos. No trato de aparentar que aún conservo el honor, pero sí le diré que si de todas formas he de cometer una canallada, prefiero que esa canallada sea la que ya he cometido. Si para disimularla cometiera otra, habría cometido dos, y con el tiempo, para borrarlas, tendría que seguir cometiendo otras, hasta que para huir de mi vergüenza tendría que saltarme la tapa de los sesos. No, King Colin, no acepto su dinero. Y si por un milagro lograra salir del atranco en que

me hallo metido, lo primero que haría sería cerrar La Bella Unión y echarle a usted de San Francisco. Buenas noches.

-Un momento, capitán -llamó King, cuando Farrell había vuelto la espalda.

-¿Qué quiere?

-Tengo costumbre de no aceptar el «no» por respuesta. La inspección no tendrá lugar hasta mañana a las doce. Hasta entonces estoy dispuesto a entregarle el dinero en las condiciones ofrecidas.

-Buenas noches, señor Colin.

-Buenas noches, capitán.

Aquella noche, el regreso hacia su casa fue, para el capitán Farrell, terriblemente penoso. Para él era como marchar hacia la muerte, y como si todo el tiempo que tardara en llegar allí fuese ganado para la vida, retrasaba el momento en que tendría que enfrentarse con la realidad.

Al fin llegó a su casa, situada en la parte más antigua de la ciudad, y subiendo la oscura escalera entró en sus habitaciones. Cerrando la puerta, dejóse caer en una silla, frente a su mesa de trabajo, y escondió el rostro entre las manos. No lloraba; pero sentía una angustia tan grande, que hubiera recibido con alivio y alegría las lágrimas.

Su carrera estaba deshecha. Cuando se descubriera el desfalco... No, no quería pensar en ello, y no podía dejar de pensar porque su suerte estaba echada y sólo le quedaban tres caminos y cada uno de ellos era tan amargo como los otros. Podía hacer frente a la situación creada por él y aguantar las consecuencias de su locura. Podía aceptar la oferta de Colin y esconder su vergüenza infinitamente mayor y, por último, podía huir a las tierras fronterizas de California, mal conocidas aún, donde un hombre podía vivir sin que nadie investigase su verdadera identidad ni se le exigieran certificados de buena conducta. Sería una huida, pero... pero quizá fuese lo mejor.

Al mover el brazo, su codo tropezó con la culata del revólver de reglamento. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Aún quedaba otra solución. Aún existía otra fuga.

Lentamente, como si el arma pesara cien kilos, sacó el revólver y lo dejó sobre la mesa. Era un Colt de simple acción, niquelado, de excelente mecanismo y gran precisión. En las cachas se veía el escudo de su nación. En el cilindro había seis cartuchos del 44. Una sola de aquellas balas bastaría para abrirle el camino hacia la fuga. Una bala en el corazón... Pero... aquel corazón latía debajo de un uniforme militar. Y aquel uniforme quedaría manchado, no sólo por la sangre, sino por una vergüenza que él no tenía derecho a verter sobre aquella representativa prenda.

-Sin embargo... no puedo hacer otra cosa -musitó.

En aquel instante sonó una débil llamada a la puerta. Farrell empuñó el revólver y avanzó, lentamente, hacia ella.

-¿Quién llama? -preguntó.

-¡Por favor, abra! -pidió una vocecilla.

Farrell, sin enfundar el revólver, abrió la puerta y cuando la luz

que brillaba sobre la mesa dio en el rostro del visitante, el capitán no pudo contener un grito:

-¡Ida!

Ida Hubbard dio un paso adelante y preguntó:

-¿Puedo entrar?

Luego su mirada se posó en el revólver que empuñaba Farrell. Éste, sonrojándose, guardó el arma y tartamudeó:

-Sí... sí, entre...

La joven entró en el aposento. Vestía el mismo traje que luciera en La Bella Unión, pero se había echado encima una capa con capucha. Farrell no la había visto nunca tan hermosa.

-Capitán... quería hablarle -dijo.

-¿La envía Colin?

-No... no. Vengo por mi propia voluntad. Claro que King me ha hablado de... de lo que ocurre. Ha perdido usted mucho dinero.

-Sí.

-¿Por qué lo ha hecho?

Farrell se encogió de hombros.

-No le pregunte nunca a un loco por qué comete sus locuras. Las comete porque está loco, y son locuras porque las comete un loco.

-Hay otro motivo... Noche tras noche, usted se ha sentado a... a mi mesa. Le he visto jugar como si no le importara ganar ni perder. Creí que era usted rico.

-En aquellos momentos lo era, señorita Hubbard.

-¿Por qué?

-Porque la veía a usted. En realidad he estado comprando mi derecho a verla. No considero caro el precio que he pagado.

-Entonces... eso quiere decir que yo tengo la culpa...

-No, no. Usted no tiene ninguna culpa, señorita.

-Involuntariamente yo he sido la causa de que usted perdiera un dinero que no era suyo...

-Sólo yo tengo la culpa. Un hombre no puede buscar la excusa de sus culpas en sus debilidades.

-Capitán. Yo no tengo dinero. Gort y Colin no me dejan nada. En realidad no necesito nada, y Gort, sobre todo, insiste mucho en que no tenga dinero a fin de que no pueda salir sola.

-¿Gort Gallagher? -preguntó Farrell.

-Sí. Es mi tutor. King y él son socios en La Bella Unión y en otras cosas. Gort administra mi herencia, o sea la línea de diligencias de Arbolado. Fue lo único que me legó mi padre. Gort es bueno y estoy segura de que si estuviese aquí me prestaría el dinero que usted necesita.

-¡Señorita...! -protestó Farrell.

-Ya sé que un caballero no puede aceptar dinero de una mujer, capitán; pero yo tengo una culpa más grave de lo que usted se imagina... Óigame. Le daré este anillo...

Al decir esto, Ida Hubbard se quitó el anillo de brillantes que adornaba su mano izquierda.

-¡No, de ninguna manera! -protestó Farrell.

-Déjeme hablar -insistió Ida-. Este anillo no vale tanto como usted necesita, pero en cualquier casa de préstamos le darán quinientos dólares por él. En cuanto tenga el dinero diríjase de nuevo a La Bella Unión y en mi mesa de ruleta apueste los quinientos dólares al número trece. Recuerde bien el número. El trece. Diga bien alto que se trata de una corazonada. Ganará infinitamente más de lo que necesita para salir de su apuro. Márchese en seguida, recupere el anillo y vuelva a La Bella Unión. Yo saldré a una de las ventanas y lo recogeré.

-¿Y cómo sabe que la bola se hundirá en el número trece?

-Porque así ocurrirá.

-Entonces... usted. ¿Es posible que se preste a hacer trampas?

Farrell miraba, incrédulamente, a Ida, cuya negra cabellera reflejaba la luz de la lámpara.

-Sí. Hace años que así sucede...

-¿Qué edad tiene usted?

-Dieciocho años. Represento mucho más, ¿no?

-El colorete y el maquillaje... la hacen parecer mayor.

-Mi alma es mucho más vieja. Desde los catorce años estoy utilizando mi... mi cara, que dicen que es hermosa, para atraer a los hombres.

-¡Nunca hubiera imaginado que usted... que usted fuese capaz de sonreír como lo hace para obtener los beneficios...! No, no es necesario que se moleste, señorita. En realidad...

-¿Qué? -preguntó anhelante, Ida.

-He resuelto ya mi problema.

-¿Ha encontrado dinero?

-Sí. Un amigo me lo prestará.

-Pero... ¿Es verdad eso?

-Lo es: Un buen amigo que me ha sacado de muchos apuros y de muchos peligros me solucionará ese problema.

-Perdone que insista, pero ¿es cierto?

-Se lo juro por mi honor de militar.

-Entonces... -Ida vacilaba-. Entonces... he sido un poco indiscreta viniendo a verle.

-No, señorita. Ver su rostro y besar su mano son los más grandes deseos que alimentaba cuando usted ha llamado. ¿Me lo permite?

Tímidamente, Ida tendió la mano a Fred Farrell, que la besó levemente, y tomando luego la otra mano colocó en ella el anillo.

-Muchas gracias y buenas noches -dijo con una sonrisa-. La acompañaré hasta la calle...

-No es necesario.

-El barrio está poco concurrido. Permítame.

Encendiendo una larga y delgada velita, Farrell abrió la puerta y descendió por la escalera, alumbrando con la vela para que Ida no tropezara ni cayese.

Cuando llegaron a la calle, la joven insistió en marchar sola, pero Farrell insistió, también, en acompañarla hasta la próxima calle, mucho más concurrida, donde nuevamente besó la mano de la joven a quien vio alejarse rápidamente.

Sintiendo una gran debilidad en las piernas y una profunda angustia en el corazón, Farrell regresó a su casa. Subió lentamente por la escalera y empujando la puerta que había dejado abierta entró en la habitación. Cerró con llave y respirando hondamente se dejó caer de nuevo en la silla. Al inclinar la mirada sobre la mesa lanzó un grito de asombro y de incredulidad. Reunidos en un perfecto fajo se veía un montoncito de billetes de banco sobre los cuales descansaba una cartulina.

Por un momento, Farrell no se atrevió a tocarlos, por miedo a que se desvanecieran; pero como no advirtiera ninguna variación en los billetes, empezó a creer que eran una realidad y, casi tímidamente, cogió la cartulina depositada sobre ellos. Como ya había notado, estaba en blanco, pero al volverla vio que la otra cara aparecía cubierta por una serie de letras desiguales que decían:

Capitán Farrell: Le adjunto el dinero que necesita... Me gustan los hombres que saben rechazar la ayuda de una mujer. Algún día podrá pagarme el favor que hoy le hago. No quiero que Los Vigilantes se vean privados de un excelente ¡efe.

EL COYOTE

Dejando la cartulina a un lado, Farrell contó maquinalmente el dinero... Había tres mil novecientos cincuenta dólares. Exactamente lo que le faltaba.

Cuando al fin se serenó de su infinita alegría, Farrell buscó una explicación a aquello. Como todos los habitantes de California había oído hablar infinidad de veces del *Coyote.* Conocía algunas de sus hazañas y había escuchado las encontradas opiniones existentes acerca de aquel personaje que unos calificaban de héroe y otros de vulgar bandido. Había visto algunos de los mensajes escritos por *El Coyote* y recordaba la similitud de la firma, es decir, de la cabeza del coyote; pero ésta no era nada difícil de imitar, y cualquiera podía trazarla, incluso Ida Hubbard... Pero no, no podía ser Ida, a quien él había dejado un momento antes en el otro extremo de la calle.

Pero ¿y si ella hubiese encargado a otro para que depositara el dinero? No, no podía ser tampoco eso, porque Ida Hubbard había insistido en que él no la acompañara hasta la calle. Y había sido durante su ausencia cuando el dinero le fue dejado allí... ¿Por *El Coyote*? ¿Por King Colin? No, puesto que King Colin le había colocado en la difícil situación en que se encontraba, de la cual sólo le hubiera salvado a base de que él aceptara las duras condiciones que le imponía.

Pero ¿cómo se había podido enterar *El Coyote* de su situación? Tal vez hubiera escuchado alguno de los rumores que debían de circular.

Nuevamente leyó Farrell la breve misiva. *El Coyote,* si era él, demostraba que había escuchado la conversación entre Ida y él. Sabía lo referente a su supuesto ingreso en Los Vigilantes y, además, indicaba claramente que, por aquel favor, algún día exigiría un pago. ¿Cuál?

El capitán Farrell dejó caer el dardo sobre la mesa. Por fin había llegado el momento de pagar la deuda pendiente con *El Coyote.* Al cabo de más de tres años, cuando ya él casi no se acordaba del oportuno auxilio recibido del misterioso enmascarado, llegaba una carta a recordarle la deuda.

-Si obedezco cometeré una traición -murmuró.

Y una voz pareció susurrarle al oído:

-No seas tonto. No hagas caso. Él no tiene ningún arma contra ti. No te exigió ningún recibo. No tiene prueba alguna que te comprometa.

En efecto, *El Coyote* no poseía ningún arma que esgrimir contra él. Aún recordaba el alivio que evidenciaron sus jefes cuando al repasar los libros de cuentas comprobaron que éstas eran exactas y que no faltaba ni medio centavo. No supieron fingir y sus rostros revelaron a las claras que habían temido que las cuentas dieran otro resultado. En seguida le comunicaron su nombramiento para el cargo de jefe de Los Vigilantes. Inclinándose, Farrell abrió un cajón de su mesa y de él extrajo una pesada caja de acero y, abriéndola con una llave, sacó de su interior un sobre de papel manila. De dentro del sobre sacó unos cuantos billetes. Casi cuatro mil dólares. Al fin podría devolverlos al *Coyote.*

Pero aunque pagase el dinero, no pagaría el favor. Porque aquel favor había significado su vida. Por lo tanto, si devolvía al *Coyote* la suma recibida, no por ello dejaría de continuar en deuda. Por lo tanto, no podía salir del paso devolviendo un dinero que para *El Coyote* no debía significar gran cosa desde el momento que en todos aquellos años no había hecho nada por recobrarlo.

De nuevo la mano de Farrell acarició el afilado dardo. Aquello era lo que deseaba *El Coyote.* ¿Por qué? Sin duda, porque aquel dardo podía significar el descubrimiento de la verdadera identidad del *Coyote.* Si él consiguiera semejante triunfo, su prestigio llegaría al máximo. *El Coyote* había realizado empresas muy meritorias, entre las cuales se citaba el exterminio de la banda de la Calavera; pero también había cometido otros delitos que exigían un castigo ejemplar.

Mas ¿podía él convertirse en el verdugo del hombre que le salvó no sólo la vida, que valía muy poco, sino el honor, que valía más que todo el oro del mundo? No. Si aquel dardo era una pista para el descubrimiento del *Coyote,* su deber moral era entregarlo al hombre que tres años antes le salvó.

Recogiendo el dardo, lo guardó en un bolsillo de su levita, y en la caja de cartón que lo contuvo depositó la nota que *El Coyote* le había enviado con aquel fin. En seguida apagó la luz y saliendo del despacho cerró con llave la puerta.

-Vigilad bien mi despacho -ordenó a uno de los soldados-. Que no entre nadie.

Cinco minutos después partía al galope en dirección a la vieja iglesia de la misión de San Francisco de Asís, conocida popularmente por el nombre de misión Dolores.

Capítulo IV

La alianza del *Coyote*

El capitán Farrell sumióse de nuevo en sus recuerdos. Casi la primera noticia que recibió después de su elección para la jefatura de Los Vigilantes fue la de que King Colin había vendido La Bella Unión.

Fue una retirada estratégica y un reconocimiento implícito de que el nuevo jefe de Los Vigilantes no faltaría a su promesa de clausurar La Bella Unión.

-Sí, era un buen negocio -había dicho King Colin, cuando sus amigos se extrañaron de que hubiera abandonado La Bella Unión-. Pero ya me aburría. Tengo otros negocios en perspectiva. Nos iremos a Arbolado.

Aunque muy próximo a la ciudad, Arbolado quedaba fuera de la jurisdicción de San Francisco, y Los Vigilantes nada podían hacer allí, pues otro *sheriff* gobernaba el condado aquel y por nada del mundo hubiese aceptado la intromisión de otras autoridades.

Como el motivo que Farrell tenía para clausurar La Bella Unión había desaparecido, el capitán dejó tranquilo al nuevo propietario después de advertirle que no toleraría desórdenes en el local.

Cuando King Colin y sus amigos abandonaron San Francisco, Farrell estaba junto al parador de la diligencia. Ida Hubbard le dirigió una rápida mirada, pero en seguida subió a la diligencia, acompañada por King Colin y Gort Gallagher.

Farrell hubiese querido poder hablar con la joven, pero la presencia de sus acompañantes le frenó y tuvo que dejarla partir sin decirle nada acerca de sus sentimientos respecto a ella. Cuando la diligencia se perdió tras la densa nube de polvo que levantaba, Farrell sintió un gran vacío en su pecho. Aquel carruaje se llevaba algo que le estaba resultando vital.

La luna reflejóse en aquel momento en las relucientes tejas de la cúpula de la iglesia, sobre la cual abría sus brazos una cruz de piedra. La misión estaba en ruinas, acariciada por las ramas de algunas viejas palmeras plantadas por los frailes que noventa años antes la edificaron.

Sobre la que había sido puerta de entrada a la iglesia se veía el balconcito con su carcomida baranda de madera, y más arriba la luz de la luna acariciaba el verdoso bronce de las tres campanas que aún se sostenían sujetas con tiras de piel sin curtir.

¡Misión Dolores! En 1825 poseía casi doscientas mil cabezas de ganado y era una de las más ricas de California. Ella había sido la madre de la ciudad...

-Buenas noches, capitán.

Farrell se vio arrancado de sus meditaciones. Casi se sorprendió

de que le hubiera sorprendido aquella voz. ¿Era que no había esperado que *El Coyote* acudiese a la cita dada por él?

Un hombre había salido del hueco de la puerta y avanzaba lentamente hacia Fred Farrell. Éste, sin desmontar, observó con gran atención al hombre. La luna revelaba claramente su indumentaria. Podría habérsele tomado por alguno de los mejicanos que acudían a California en busca de trabajo en las minas. Cuando el hombre levantó el rostro hacia Farrell, éste vio que iba cubierto con un antifaz. También advirtió que la luz de la luna se reflejaba en las culatas de dos revólveres.

-Buenas noches, señor *Coyote* -saludó Farrell.

Desmontó y al quedar frente al enmascarado preguntó:

-¿Cómo no tenía sus armas en las manos? Si yo hubiera venido con malas intenciones podía haber sufrido usted una desagradable sorpresa.

-Usted la habría sufrido, capitán -replicó *El Coyote,* mostrando con una amplia sonrisa su blanca dentadura.

-Le he traído el dardo -replicó Farrell.

-Gracias. Hace usted un favor a un amigo mío.

-Con esto le hubiese podido descubrir, ¿verdad? -preguntó Farrell, tendiendo el dardo al *Coyote.*

Éste movió negativamente la cabeza.

-No a mí. Tomo siempre mis precauciones; pero hubiese perjudicado a una persona inocente.

-¿A quién?

-Al señor Rivera. Le habría sido muy difícil explicar cómo había salido el dardo de su casa. Él es el único que posee la llave de la armería.

-¿Y para hacer un favor a otra persona ha gastado el favor que yo le debía?

-Es la mejor manera de gastar los favores -replicó *El Coyote-.* Y le advierto, capitán, que es inútil que se esfuerce en identificar mi voz. La disimulo y, además, quizá no la ha oído nunca al natural.

-Realmente, no la recuerdo. Además del dardo, he traído otra cosa.

-¿Qué?

-El dinero que me prestó.

Farrell sacó del bolsillo el fajo de billetes y lo tendió al *Coyote,* que, sin mirarlos, los guardó en un bolsillo, comentando:

-Esperaba que los rechazara, ¿verdad?

-Lo temía.

-No doy importancia al dinero. Sólo la tiene para salvar a un hombre de un mal paso. Luego pierde todo su valor.

-A veces vale la vida de un hombre o... su honor...

-Hablemos de otras cosas, capitán -interrumpió *El Coyote-.* Llegué hace muy poco a San Francisco y me sorprendió bastante que en sus últimos momentos Gort Gallagher se acordara de mí. Hace tiempo nos encontramos frente a frente y le advertí, de un balazo, que debía cambiar de vida si no quería terminar ahorcado. Mi advertencia no le

sirvió de nada. ¿Qué ocurrió?

-Asesinó a unos hombres en San Francisco. Antiguos compañeros suyos. No quiso explicar los motivos. Le detuvimos antes de que pudiera volver a Arbolado…

-Buen trabajo para Los Vigilantes. Si no recuerdo mal, Gort Gallagher formaba parte del grupo de King Colin.

-Sí.

-Era el tutor de Ida Hubbard.

-Sí -respondió, con esfuerzo, Farrell.

-¿Qué ha sido de ella?

-¿De quién?

-De Ida Hubbard.

-Está en… Arbolado.

-Aquello está ahora muy movido. Se encontró mucho oro.

-Demasiado.

-¿La amaba usted mucho?

-¿A quién?

-Por favor, capitán, no siga respondiendo así. Parece como si le hablara de la luna, y usted sabe bien de qué le hablo. Usted está enamorado de Ida Hubbard.

-No.

-Sí. Desde el momento en que Ida le ofreció su anillo y la oportunidad de ganar una fortuna, usted se convirtió en su esclavo. Estaba dispuesto a volarse el corazón murmurando el nombre de Ida. ¿Por qué no la ha seguido a Arbolado?

-He ido varias veces allí; pero la tienen siempre vigilada.

-Gort Gallagher no era tan malo como parecía, capitán. Él quería de veras a Ida. Por eso murió.

-Pero… si usted no sabía…

-Sé bastantes cosas. Ida Hubbard tendrá veintiún años dentro de un mes. Sólo treinta días le faltan para ser mayor de edad. Hace unos ocho o nueve años conocí a Francis Hubbard y a su mujer. Ella era una infeliz que durante toda su vida fue una bestia de carga al servicio de su esposo. Francis era un hombre de esos que nacen torcidos y no se enderezan nunca. Cuando estaba sereno era regular. Cuando estaba borracho era… Para comprender lo que era basta decir que en los momentos en que su esposa aguardaba su primer hijo, Francis llegó una noche completamente borracho y golpeó a su mujer hasta que la pobre quedó sin sentido y… sin hijo. Aquello ocurrió en Santa Fe y mal que bien pudieron salvarla; pero los médicos de allí le aseguraron que nunca podría tener hijos. ¿Comprende?

-Pero…

-Un momento. Eso que le digo ocurrió hace veintidós años. Un año más tarde los Hubbard abandonaron Nuevo Méjico y se trasladaron a California. Cuando llegaron a San Francisco, la señora Hubbard traía en brazos una niña de pocos meses que fue bautizada en esta misión como hija de Francis Hubbard y de Clara Hubbard.

-Eso quiere decir que no era hija de los Hubbard.

-Desde luego. No podía serlo; pero legalmente lo es. Desde su

llegada a California, los negocios de Francis Hubbard comenzaron a marchar viento en popa, y un día, cuando Ida Hubbard tenía tres años, Francis, acompañado de un notario, se presentó en el Banco de San Francisco e hizo un depósito de trescientos mil dólares a nombre de su hija. Cuando Ida cumpla los veintiún años podrá retirar ese dinero, que, debido a los intereses acumulados, ascenderá a medio millón.

-¿Y de dónde sacó Francis Hubbard ese dinero?

-Nadie lo sabe; se dijo que había encontrado un buen filón, que debió de explotar hasta el fin, pues a los pocos días de haber hecho el depósito compró la línea de diligencias de San Francisco a Arbolado, y dedicóse a ese negocio hasta que una noche, debido a la borrachera que llevaba, cayó del pescante de una de las diligencias y las ruedas del carruaje lo destrozaron. Su esposa ya había muerto. Como andaba metido en negocios con Colin y Gallagher, los nombró tutores de la muchacha.

-¿Cómo ha sabido todo eso?

El Coyote mostró un fajo de papeles y, sonriendo, explicó:

-Es el mensaje que dejó Gallagher para mí en el árbol bajo el cual nos encontramos. Gallagher acabó encariñándose de la chiquilla y quería salvarla de algún grave peligro.

-¿De cuál?

-Una muchacha que vive entre bandidos está expuesta a muchos y muy graves peligros. Gallagher calculó mal; pero antes de lanzarse a eliminar peligros tuvo el acierto de reunir todos los documentos de que pudo apoderarse y junto con un escrito bastante largo, en el que se explica todo lo demás, lo guardó en el árbol. Tal vez pensaba en mí. Acaso no. Pero su decisión fue providencial.

-Entonces... Ida corre un peligro.

-Bastante grave.

-¿La quieren matar?

-Les interesa más que esté viva; por lo menos, hasta que pueda retirar su dinero. Mientras tanto, King Colin fue tan desprendido que compró por diez mil dólares la línea de diligencias de Hubbard. Se la compró a la propia Ida, pues se trataba de un mal negocio y quiso evitarle pérdidas. Lo curioso es que lo hizo después de muchos años de que la línea de diligencias fuera un negocio malo y en el momento en que, por haberse descubierto oro en Arbolado, el poseer la exclusiva del transporte se convirtió en un fabuloso negocio. Sólo la línea Hubbard puede transportar oro, y sólo la Agencia Hubbard se atreve a asegurar los transportes de oro. Si algo le ocurre a la diligencia y a su cargamento, la Agencia paga el seguro. Pero nunca ocurre nada, a menos que el cargamento vaya sin asegurar. Entonces, indefectiblemente, un bandido detiene la diligencia y se queda con el oro.

-Ya sé algo de eso.

-Entonces, supongo que continuará ayudándome, ¿no?

-Si es para ayudar a Ida, sí.

-Para ayudarla a ella es. Gracias. Volverá a tener noticias mías. No olvide que mañana debe ir a investigar la sala de armas del señor

Rivera.

-De jefe de Los Vigilantes me he convertido en auxiliar del *Coyote* -sonrió Farrell.

-Es un ascenso en su carrera. *El Coyote* paga bien a quienes le ayudan. Su premio será Ida Hubbard.

-Si ella me quiere.

-Estoy seguro de que desde hace tres años la pobre le está aguardando llena de ansiedad.

El Coyote dirigióse de nuevo hacia la iglesia y cuando salió del amplio portal sostenía la rienda de su caballo. De un ágil salto se colocó sobre la silla y, saludando con un ademán a Farrell, picó espuelas y partió hacia San Francisco.

Al llegar a la pequeña iglesia de la Merced, que había sobrevivido a la marea de desorden que imperó durante tantos años en la que fue apacible ciudad de San Francisco, se detuvo y acercóse a un pequeño buzón abierto en la piedra bajo inscripción: «Limosnas para el templo.» Sacando el fajo de billetes que le había devuelto Farrell, *El Coyote* los dejó caer dentro del buzón y emprendió de nuevo el galope. Un momento después soltó una carcajada al imaginar la expresión de asombro que llenaría el rostro del párroco de la Merced, cuando al abrir la caja de limosnas encontrara, en vez de unos pocos centavos, una pequeña fortuna.

Una hora más tarde, una sombra deslizábase silenciosamente por el pasillo que conducía a la sala de armas de don Diego Rivera. Tras algunos ligeros forcejeos, una mano abrió silenciosamente, la puerta y un minuto más tarde aquella misma mano colgaba un brillante dardo junto a una oscura ballesta.

A la mañana siguiente, el criado encargado de atender a don César de Echagüe tuvo que aporrear violentamente la puerta de su cuarto antes de que el distinguido propietario del rancho de San Antonio se decidiera a abandonar la región de los sueños.

-¡Ése sí que es un hombre feliz! -refunfuñó el criado, que pertenecía a la raza de los eternos descontentos-. Duerme doce horas con la misma facilidad con... con que yo las dormiría. ¡Qué gente!

Capítulo V

El marido de doña Rosario

Don Diego de Rivera tenía los brazos cruzados sobre el pecho y su expresión era la de: «Bien, supongo que ahora estará convencido de que es usted un imbécil, ¿verdad?» Pero no decía nada y continuaba

observando al capitán Farrell, que se estaba convenciendo de que no faltaba ninguna ballesta ni ningún dardo.

-Todo está en orden -declaró Farrell, cuando hubo terminado la investigación-. Debo pedirle perdón por las molestias que le he ocasionado.

-Desde luego. Tiene que pedirme perdón. ¡Claro! No faltaba más. Ha cometido un atropello...

-Sí, sí, he cometido un atropello -replicó Farrell-. Y si usted lo desea me dejaré descuartizar en su honor.

-Sería una buena idea.

Conteniendo la risa, Farrell abandonó la sala donde don Diego guardaba su colección de armas antiguas y al regresar al salón cruzóse con César de Echagüe que bostezaba como si en vez de ser la hora de levantarse fuera la de irse a la cama.

-Buenos días, mi señor capitán -saludó César entre dos bostezos-. ¿Encontró ya al bandido que se escondió en esta casa?

-No buscaba a ningún bandido -replicó Farrell que sentía un cordialísimo desprecio contra César de Echagüe.

-¿No buscaba al *Coyote*?

-Buscaba algo que utilizó *El Coyote.*

-Pero *El Coyote* se le anticipó y se lo quitó en sus propias narices, ¿verdad?

-¿Cómo sabe...? -preguntó, violentamente, Farrell.

-Los fracasos se conocen antes que los éxitos. El criado que me despertó me dijo en seguida que *El Coyote* se... Bueno, se había tomado la libertad de entrar en las oficinas de Los Vigilantes, llevándose de allí el cuchillo que lanzó contra la horca. ¿O no era un cuchillo?

-No, no lo era -gruñó Farrell-. Y deje que le aconseje que atienda a sus asuntos y no se meta donde no le llaman.

-Perdone si he herido su amor propio, capitán. Ya sé que soy muy... Muy... ¿Cómo diría usted que soy?

-Muy imbécil, señor Echagüe. Adiós.

Y volviéndose hacia el señor Rivera, Farrell pidió:

-Le ruego me perdone, señor Rivera. A sus órdenes.

Cuando Rivera y Farrell hubieron salido, César de Echagüe soltó una carcajada y luego, mientras se dirigía al comedor, murmuró:

-Un imbécil... sí... Un completo imbécil. Pero no soy yo ese imbécil, capitán Farrell, no.

Poco después don Diego Rivera entraba en el comedor. Dirigiéndose a Echagüe, dijo:

-Don César, debió usted haberle cruzado la cara a ese impertinente capitán.

-¿Por qué?

-Pues... porque le insultó.

-¿A mí?

-Claro. Fue a usted a quien llamó imbécil, ¿no?

-¿De veras? Creí... Bueno, pues me llamó imbécil. No es el primero que lo hace.

-¡Ni el último! -bramó don Diego-. ¡Porque yo también se lo llamo!

-¿Y ahora se encuentra mejor?

-¿Yo? ¿Por qué me he de encontrar mejor? ¿Es que le he dicho que me encontrase mal?

-No, no me ha dicho eso; pero como parecía estar reventando por llamarme imbécil, supongo que ahora que lo ha soltado se encontrará perfectamente.

-¿Quiere decir que yo soy un... basilisco que de cuando en cuando tiene que reventar?

-¿Basilisco? No, nunca se me hubiera ocurrido llamarle así. No tiene ningún aspecto de eso. Más bien... No vale la pena.

-¿Qué es lo que no vale la pena?

-Decirle cuál es su aspecto.

-¿Cuál es mi aspecto?

-Ya le digo que no vale la pena. Si yo le digo lo que usted parece, usted se ofenderá y yo no me encontraré mejor.

-¡Quiero conocer su opinión acerca de mí, don César! ¡Y si no habla le... le...!

-¡Cuidado! -reprendió don César-. Estoy bajo su techo y soy tan sagrado como una astilla de la vera cruz. Si me hiere cometerá una acción tan reprobable que todos sus amigos le volverán la espalda.

-No tenga miedo. Puede insultarme impunemente. No olvido la ley de la hospitalidad.

-Entonces le diré, ya que insiste en ello, que me recuerda a un perrazo que tuve. No, no se ofenda porque lo compare con un perro. Al fin y al cabo, es uno de los animales más nobles que existen. Más noble que el animal humano. Aquel perro era muy grande. Siempre estaba de mal humor. Siempre gruñía. En todo momento parecía dispuesto a echarse encima de sus semejantes y de los hombres. Cualquier cosa le arrancaba un gruñido de mal genio. Un día... un día trajeron un perrillo mejicano. Era un animalito odioso, siempre se estaba moviendo. A mí me recordaba a una lagartija. Al otro perro no le hizo ninguna gracia. A cada momento le echaba de su lado y parecía jurar que iba a comérselo; pero no se lo comió, y hasta le hizo sitio en su caseta, y le dejaba comer los mejores pedazos de su comida, porque creía que su delgadez y pequeñez eran debidas a la falta de alimento; pero siempre gruñía, siempre estaba de mal humor.

-¿Ya ha terminado?

-Sí. ¿No le ha hecho gracia?

-Ninguna.

-Pues siga pensando en ello y quizá dentro de algunos meses descubra la gracia. Adiós.

César salió lentamente del comedor, dejando a don Diego Rivera con la mano en la barbilla y el pensamiento fijo en el perrazo que le había hablado don César. Cada vez estaba más convencido de que su huésped se había reído de él.

Entretanto, don César, vestido con una elegante levita, sombrero hongo y sosteniendo entre los dientes un largo y aromático cigarro puro, se había instalado cómodamente en uno de los coches de don Diego y ordenó al cochero que le paseara por la ciudad.

Cuando desembocaba en la calle de Stockton una aglomeración de tráfico hizo detenerse el coche de don César junto a otro que iba en la misma dirección y que estaba ocupado por una dama de unos treinta y ocho años, cuya belleza era la de una mujer de veinticinco.

-¡Rosario! -exclamó César, levantándose.

-¡César! ¿Eres tú? -La mujer estaba dominada por una legítima alegría-. Pero ¿qué haces en San Francisco?

-Es mucho menos extraño que César de Echagüe se traslade desde Los Ángeles a San Francisco...

-Sí -interrumpió la mujer-. Resulta más extraño que doña Rosario Pedraza de Kreider deje su casa de Filadelfia para venir a San Francisco. ¡Cuánto he pensado en ti!

-Gracias. ¿Hacia dónde vas?

-Pues... Iba a ese barrio donde viven todos los chinos...

-Te acompañaré. ¿Puedo instalarme en tu coche? ¿No me expongo a que un marido celoso me tome por blanco de su revólver?

-No temas. Walter es muy comprensivo... -En este momento los pensamientos de Rosario parecieron alejarse. Con un esfuerzo se rehizo y, sonriendo invitó-: Siéntate a mi lado. Tenemos que hablar de muchas cosas.

César ordenó al cochero que le siguiera y pasó al otro coche. Acariciando la mano de Rosario, comentó:

-¡Qué poco has cambiado!

-Gracias; pero no me engañas. He cambiado mucho. ¿Y tu hijo?

-Creciendo como el trigo. Pronto me sentiré pequeño a su lado. Mi visita a San Francisco no tiene nada de particular. De cuando en cuando abandono la tranquilidad de Los Ángeles por el desorden de esta ciudad. Pero tu presencia aquí es inesperada. ¿A qué obedece?

-Asuntos de negocios. De mi marido. Es uno de los principales accionistas del ferrocarril Union Pacific. Están tendiendo la vía hacia Los Ángeles, y ha venido a inspeccionar unas obras. Quiso traerme para que volviese a ver mi tierra.

-¿La añorabas?

-No.

Rosario dio esta contestación con la mirada fija ante ella, como contemplando un lejano y amargo recuerdo.

César de Echagüe no pareció extrañarse de la respuesta. Como si en ella no hubiese encontrado nada anormal, siguió:

-¿Cómo está Walter?

-Cada vez más triunfante.

-Cuando os casasteis nadie tenía fe en él.

-No, nadie tenía fe en él -repitió Rosario-, pero triunfó, sus sueños se hicieron realidad, lo imposible se hizo posible. El ferrocarril atravesó todo el continente. Su insignificante fortuna se convirtió en una de las mayores de la nación. Hoy su voz es obedecida en los consejos de accionistas del ferrocarril.

--¿Y tú?

-La chiquilla que te molestaba cuando los dos éramos niños y nos reuníamos en el jardín de tu rancho se ha convertido en una dama

importante que tiene todo cuanto desea...

-Menos el amor -murmuró César con la mirada fija en uno de los tejados de pagoda de las típicas construcciones del barrio chino de San Francisco.

-¿Qué dices? -preguntó, bruscamente, Rosario.

César se volvió hacia ella y vio la profunda alteración que se acusaba en su rostro.

-Perdona -pidió-. Me pareció notar cierta amargura en tu voz.

-¡Ojalá no le amara! -exclamó Rosario-. ¡Ojalá nunca le hubiera llegado a amar! ¡Así todo sería más sencillo!

-Cuando te casaste con él no le amabas mucho, ¿verdad?

-No. Entonces sólo él me quería. Pero es tan bueno, tan honrado, tan noble... Es imposible no acabar amándole. No es como...

-¿Cómo quién? -preguntó César.

Rosario pareció no oírle y al cabo de unos instantes César siguió:

-No es como Julio Laselva, ¿verdad?

-No..., no es como él... -Volviéndose hacia César, Rosario preguntó, inquieta-: Pero ¿cómo sabes...?

-¿Que estuviste enamorada de Julio Laselva? -César soltó una suave carcajada-. Todo el mundo, en Los Ángeles, lo sabía, Rosario. Pero él se casó con Adela Méndez... O con la fortuna de Adela Méndez, ¿no?

-Sí. Ni él ni yo éramos ricos..., pero si él hubiera esperado...

-La primera noticia que recibió al salir de la iglesia de Nuestra Señora fue la de que en su ranchito se había encontrado un filón de oro. De conocer la noticia una hora antes... tú serías ahora la viuda de Laselva.

-Sí; pero no hubiera sido tan feliz. No lamento aquello. Walter posee muy buenas cualidades. Es de esos hombres que se apoderan poco a poco del corazón de una mujer.

-¿Por qué te casaste con él?

-Tal vez por desengaño; pero ahora... ahora me dejaría matar antes que causarle un dolor.

-Cuando Julio Laselva murió lo hizo pronunciando tu nombre.

-No me hables de él. ¿Fue feliz?

-No. Adela Méndez comprendió la verdad y se vengó terriblemente. Hizo un infierno de su vida. Ella sabía que Julio no la amaba y que se casó con ella por su dinero. Al principio luchó por conquistar su amor; pero Julio era ya rico, no pudo retenerle por los lazos del dinero. Murió poco después que él.

-¡Pobre Adela! Todos sufrimos las consecuencias de la debilidad de Julio. Él, Adela y yo.

-Pero tú fuiste más afortunada.

-No, César. No basta en la vida cerrar los ojos. Si lo hacemos, podemos borrar la visión de las cosas que ocurren; pero no podemos detenerlas. Las cosas siguen ocurriendo y cuando volvemos a abrir los ojos encontramos las circunstancias mucho peores que al cerrarlos. Mientras no hemos querido ver, han seguido sucediendo cosas.

-¿Qué te ocurre, Rosario?

-Nada que tú puedas arreglar, César. Hace unos días aún hubieras podido solucionar mi problema; pero no me acordé de ti.

-¿Qué hubieses hecho de haberte acordado?

-Te habría pedido... Pero no vale la pena hablar de ello.

-¿Por qué?

-¿Puedes prestarme cien mil pesos?

-Sí. Vayamos al Banco de California y...

Rosario Pedraza movió negativamente la cabeza.

-Ahora ya es tarde. Debí haberlo hecho antes; pero no me acordé de ti. Te iba a preguntar si me hubieras prestado ese dinero; pero como ya ha pasado el momento, pensé que me dirías que sí; por eso te he preguntado si podías prestármelo ahora.

-¿Ya no lo necesitas?

-No. Desgraciadamente, otro me lo dio.

-Prefiero que tengas una deuda conmigo, Rosario. Devuelve el dinero y salda la deuda.

-Aquel dinero no fue prestado. Me lo dieron a cambio de otra cosa. Ya hemos llegado.

El coche se había detenido frente a una tiendecita en la que se veía un rótulo con caracteres chinos y otro con esa inscripción: AH SING -Joyero.

-Aguarda un momento, César.

Rosario descendió del coche y entró en la joyería. Unos cinco minutos después volvía a salir con un largo estuche en la mano. Dirigiéndose al cochero, ordenó:

-A casa.

Como César no preguntara nada, Rosario explicó al cabo de un momento:

-Llevé mi collar de perlas a arreglar.

-¿Estaba estropeado?

-Se le rompió el cierre. Es un collar muy hermoso.

César tendió la mano y, tras una leve vacilación, Rosario le entregó el estuche.

-Muy hermoso -comentó César, abriendo el estuche y contemplando el collar de gruesas perlas que estaba dentro de él-. Debe de valer una fortuna.

-Creo que costó cincuenta mil dólares.

-Regalo de tu marido, ¿no?

-Sí. Me lo dio el día diez de mayo del sesenta y nueve.

-¿El día en que en Promontory, Utah, se unieron la vía que llegaba de San Francisco con la que procedía del Este?

-Sí, en el momento en que se remachaba el último roblón, Walter me entregó este estuche. Era... era el premio que, según él, me correspondía por haberle ayudado. Los hombres a veces creen que nosotras les ayudamos por el solo hecho de no exigirles que nos dediquen toda su atención.

César sacó el collar y dejó que la luz del sol lo acariciara. Durante unos segundos lo estuvo sopesando y con el rabillo del ojo advirtió que Rosario había palidecido intensamente y que apretaba las manos como

conteniendo la tentación de arrancar aquella joya de las manos que la sostenían.

-Muy hermoso -dijo al fin César, guardando el collar en el estuche-. No había visto nunca unas perlas tan gruesas. Las del centro parecen avellanas. Hace unos años no hubiera podido resistir la tentación de ofrecerte doscientos mil pesos por él; pero ahora... Si en vez de un muchacho tuviera una hija...

-Leonor debió de ser muy feliz contigo -murmuró Rosario, lanzando un leve suspiro cuando César cerró el estuche.

-Y yo también lo fui con ella -replicó César de Echagüe, recostándose contra el respaldo del asiento-. Pero en esta vida tenemos muy tasada la felicidad, Rosario. Los inteligentes, la consumen poco a poco y así les dura más. Leonor y yo devoramos nuestra dicha en unos pocos años. Y ahora... ¡Qué tontería! Debe resultarte cómico ver que un escéptico se emociona.

-¿Quién es el escéptico? ¿Tú?

-Sí. Por lo menos eso es lo que dicen todos.

-Yo nunca lo he creído.

-Tú no conoces al César de Echagüe actual. Recuerdas al niño que fue. A veces pienso que deberíamos vivir la vida al revés, terminando en la dichosa edad en que no se tienen angustias, inquietudes, tristezas y problemas.

-Entonces la muerte sería más terrible -contestó Rosario-. En cambio, ahora, cuando llega el momento de abandonar este mundo, nos resulta muy fácil. Al fin y al cabo, sólo dejamos atrás una tierra de sufrimientos.

Soltando una carcajada que sonó a falso, César exclamó:

-¡Bonita reunión de dos viejos compañeros de juegos! Estamos tan amargados como si para nosotros el futuro sólo tuviera pronósticos negros. Y al fin y al cabo, la esperanza, aunque dicen que es verde, yo la considero rosada. Pero me parece que ya hemos llegado. ¿Es ésa tu casa?

-Sí. La compró Walter. Dice que ahora viviremos bastante a menudo en San Francisco y que nos conviene tener una casa. La hizo construir sin decírmelo y me la regaló.

-Tienes todo cuanto puedes apetecer, Rosario -comentó César. Y como hablando para sí, agregó-: ¡Qué duro debe de ser ver en peligro una posición tan segura!

-¿Qué dices? -preguntó, angustiada, Rosario.

-¿Yo? -César aparentó sorpresa-. Nada. He pensado... Pero, ¿es que he hablado en voz alta?

-Sí, César. Hace rato que hablas de una forma muy extraña, como si supieses todo lo que me ocurre.

-¿Qué te ocurre?

-¡Algo horrible! No se puede pecar y tener luego la esperanza de que nuestro pecado quedará bajo la tierra que van dejando caer los años que pasan. El pecado se niega a dejarse enterrar y continuamente resucita, y todos nuestros esfuerzos por volverlo a ocultar son, en realidad, como un alimento para él. En lugar de empequeñecerlo, lo

aumentan.

César miró fijamente a Rosario, en cuyos ojos brillaban ya las lágrimas.

-¿Sigues siendo católica? -preguntó.

-Claro. ¿Por qué había de cambiar de religión?

-Vives en una tierra donde el catolicismo está en minoría y, por como acabas de hablar, he sospechado que tenías otra religión.

-¿Qué quieres decir?

-Si olvidas los preceptos de nuestra vieja fe...

-No los olvido; pero... ¿Qué me aconsejas?

-Confesión.

-Es tarde.

-Cada vez será más tarde... La confesión descarga nuestra alma. Si pecaste, confiésate.

-Un sacerdote me perdonaría... porque no es un hombre.

-Te equivocas. Los hombres a veces somos también sacerdotes.

-Durante muchos años he callado. Y este silencio ha aumentado mi culpa. Walter no podría perdonarme.

-¿Es a él a quien deberías confesarte?

-Sí.

-Bien. Entonces confía en Dios. A veces Él nos ayuda mucho mejor de lo que nosotros nos imaginamos. Pero... ¿No es aquél don Walter Kreider?

Un coche que llegaba en dirección opuesta habíase detenido frente a la casa y un hombre de unos cuarenta y cinco años había saltado a la acera y se dirigía hacia el coche de Rosario y César.

-Buenos días, Rosario -saludó. Y mirando ínterrogadoramente a César, siguió-: Creo recordarle a usted, caballero.

-Es César, Walter -respondió Rosario, poniéndose en pie y bajando del coche.

Kreider trató de hacer memoria. Al fin preguntó:

-¿César?

-De Echagüe -dijo César, bajando también del coche-. Compañero de juegos de su esposa.

-¡Es cierto! ¡El famoso don César de Echagüe, de Los Ángeles! Precisamente acabo de regresar de su ciudad. Es usted el afortunado poseedor de unos terrenos que necesitamos para levantar la estación.

-¿Afortunado?

-Sí, porque estamos dispuestos a pagar lo que nos pida. Le estuve buscando por Los Ángeles y al fin me dijeron que estaba usted aquí.

-Entonces tendremos que discutir de negocios, ¿no?

-No, don César, no habrá discusión, porque estamos dispuestos a pagarle lo que usted nos pida.

-¿Un millón?

Por toda respuesta, Walter Kreider sacó su cartera y de ella un cheque ya extendido que tendió a César, diciendo:

-Conforme; aquí está el millón.

César echóse a reír.

-Ustedes, los del Este, son terribles. Ahora comprendo cómo han

podido tender el ferrocarril a través de todo el continente. Bien, no quería vender aquellos terrenos, pero me ha cogido usted la palabra y suyos son. Si me permite entrar en su casa, le extenderé el documento de venta. Hace usted un buen negocio.

-No creí a los californianos de pura cepa tan buenos comerciantes -dijo Walter-. ¿Cómo sabe que hago un buen negocio?

-Porque los terrenos que me compra son los únicos que le sirven para lo que usted desea... Hace unos años, cuando se empezó a hablar del tendido del ferrocarril, llamé a un buen ingeniero, que lo sería mucho mejor si le gustase menos el alcohol, y le encargué que estudiase el tendido de una vía férrea hasta Los Ángeles.

-¿Por qué lo hizo?

-Porque, inevitablemente, algún día el ferrocarril tenía que llegar a Los Ángeles, y quise estar preparado para ese día... Aquel ingeniero trazó cuatro proyectos. Uno, desde San Francisco; otro, desde Carson City; otro, desde Sacramento; el último, desde Salt Lake City. Por todos esos proyectos adquirí terrenos para venderlos en su día a los ferroviarios. Y cuando se trató de elegir un emplazamiento para la estación, me aseguró que, a menos que las compañías estuvieran locas, sólo había cuatro sitios lógicos para las estaciones terminales de los cuatro tendidos de vía. Compré por menos de cincuenta mil dólares los cuatro terrenos. A él le fijé una pensión de cincuenta dólares mensuales, y vive tan contento en mi rancho...

-Le doy cien mil dólares por ese ingeniero, señor Echagüe -dijo Walter.

-Acepto. Yo no lo necesito, y muchas veces me he asombrado de que los del Union Pacific no lo hubiesen descubierto. Le daré su nombre, pero les prevengo que deben mantenerlo alejado del alcohol... Cuando quieran que les resuelva un problema, prométanle una botella de ginebra. Entonces trabajará mejor que nunca.

-Entremos, Walter -sonrió Rosario-. Me atontas con esa facilidad para ofrecer millones.

Mientras entraban en la casa, Walter Kreider explicó:

-Yo sólo ofrezco el dinero cuando se trata de obtener algo que vale mucho más de lo que yo ofrezco. Un ingeniero capaz de predecir con exactitud los planes secretos del Union Pacific, vale millones... Los planos del tendido de esas cuatro líneas, señor Echagüe, nos han costado cinco millones y un año entero de trabajo de veinte secciones. Un ingeniero capaz de haber hecho por sí solo el trabajo de cuatro mil hombres, vale su peso en brillantes.

-Si es así, empiezo a creer que he sido un mal comerciante, señor Kreider -replicó César, cuya mirada recorría todos los rincones de la casa-. Bonita vivienda ésta.

-No la elegí yo -confesó Kreider-. Lo dejé todo en manos de un artista y he quedado satisfecho. Me costó mucho, pero todo es poco para mi mujer. Sin ella yo no hubiese sido nada.

-Ya sabes, Walter, que todo te lo debes a ti -dijo Rosario.

-No, chiquilla -replicó el financiero-. Hubo momentos en que me dejé llevar por el desánimo, y si tú me hubieras pedido que abandonara

un trabajo que parecía tan inútil, lo habría hecho sin protestar. Nunca me pediste nada, siempre te portaste honradamente conmigo y por eso triunfé. ¡Qué poco es lo que te doy a cambio! Por cierto que antes de marchar a Los Ángeles, estuve buscando ese collar.

-¿Por qué? -preguntó Rosario con voz estrangulada.

-Quería darte una sorpresa -siguió Walter, que no había advertido nada-. Pero no pude encontrarlo y tuve que marcharme sin él. Estoy viendo que no podré darte la sorpresa.

-¿Qué sorpresa? -preguntó, débilmente, la mujer.

-¿No recuerdas lo que te prometí aquel día, en Utah, mientras se estaba poniendo fin a mi obra? Cada éxito mío iría señalado por una hilera de perlas, hasta que ese collar fuese el más valioso del mundo. El tendido de la vía hasta Los Ángeles ha sido otro éxito y quiero que quede señalado en el collar. He encargado ya otras cuarenta perlas. Dame el collar y las haré colocar en él. Tendrás que privarte de él durante algún tiempo. Ya sabes que las perlas que forman ese collar son muy raras y nada fáciles de encontrar. Lo tendrás dentro de un mes o dos.

Sintiendo que le faltaba el aliento, Rosario pudo decir, al fin:

-Si lo llevas ahora a arreglar no podré lucirlo en la fiesta que piensas dar a tus amigos y a los accionistas de San Francisco.

Walter hizo un gesto de contrariedad.

-¡Es verdad! -exclamó-. Me olvidaba... Faltan sólo veinte días. Y no podrás tenerlo para entonces. Bueno, siendo así, retrasaremos un poco el arreglo. No quiero que dejes de lucir el mejor collar de perlas de América. Don César, queda usted invitado a la fiesta. Aunque no sea usted accionista del Union Pacific, basta con que sea amigo de mi esposa.

-También soy accionista -rió César-. Tuve fe en el ferrocarril y compré tantas acciones como pude. Creo poseer unas seis mil.

-En ese caso, insisto en mi invitación.

-Gracias, pero no me será posible asistir a su fiesta.. Para entonces tendré que estar en Los Ángeles, y en tanto que no circule el ferrocarril entre esta ciudad y aquélla, el viaje seguirá siendo muy lento.

-De todas formas, procure hacer un esfuerzo y venir.

-Lo procuraré, pero no confíe demasiado en mi venida. Ahora, si no tiene inconveniente, extenderemos el contrato de venta. Supongo que bastará que le extienda un documento reconociendo haber recibido un cheque por un millón de dólares a cambio de los terrenos de Santa Lucía.

-Desde luego. Su firma vale una fortuna. No necesitamos nada más. ¿Quiere que celebremos nuestro primer y rápido contacto comercial? Tengo en la bodega una colección de botellas de vino español más viejo que la conquista de California.

Un cuarto de hora más tarde, después de haber brindado por la felicidad de Walter y de su esposa, César salía de la casa, y, subiendo a su coche, que durante todo el rato había ido detrás del de Rosario, ordenó al cochero:

-Llévame al Barrio Chino. Al mismo sitio donde antes nos

detuvimos. ¿Lo recuerdas?

-Sí, señor -respondió el cochero, haciendo restallar el látigo sobre las cabezas de los dos caballos que tiraban del ligero cochecillo.

César de Echagüe recostóse en el asiento y, sacando otro cigarro, lo encendió, pausadamente, contemplando, abstraído, las nubéculas de azulado humo que brotaban del habano.

Capítulo VI

El Coyote entra en acción

El coche se detuvo de nuevo frente a la joyería de Ah Sing, y César bajó ágilmente, entrando en el establecimiento. Apenas hubo traspasado el umbral de la tienda, se encontró trasladado al Oriente clásico. Muebles laqueados, ligeros y cálidos, pequeñas alfombras tejidas a mano, colgaduras de seda, luces ambarinas, olor a incienso cuyas nubéculas ascendían de los pebeteros de verdoso bronce. Jarrones de porcelana de maravillosa fragilidad, telas de seda con pinturas de pájaros y monstruos fabulosos, y detrás de una mesita, que se levantaba cuarenta centímetros del suelo, un chino muy viejo, que fumaba pausadamente una larga pipa de marfil artísticamente decorada, representando una serpiente de escamoso cuerpo que sostenía con la abierta boca una cazoleta donde ardía un tabaco de dulzón aroma.

-Buenos días, Ah Sing -saludó César, quitándose el sombrero e inclinándose ceremoniosamente.

-Bienvenido a mi despreciable tienda, magnífico señor -replicó en perfecto español el chino.

-¿Me permites que me asombre de la pureza con que hablas el idioma de mis respetables antepasados? -preguntó César, perfecto conocedor de la idiosincrasia de los orientales.

-Con tu asombro llenas de pecadora vanidad mi corazón. Aprendí vuestro idioma en Manila, donde mis ojos empezaron a ver las realidades de la vida y a olvidar las fantasías de la infancia.

Alargando la sarmentosa mano hacia un gong de bronce, Ah Sing lo golpeó con una maza de ébano. César observó la desmesurada largura de las uñas del chino.

Casi al momento otro chino mucho más joven surgió de entre unos cortinajes de seda y con la cabeza inclinada casi hasta el suelo, aguardó las órdenes de Ah Sing, que en chino le habló un momento. Cuando se hubo retirado, el propietario de la joyería explicó:

-He ordenado a mi servidor que traiga té para honrarte como mereces.

César, que se había sentado sobre un enorme almohadón, inclinó la cabeza y aguardó en silencio. Transcurrieron casi diez minutos antes de que regresara el criado, y durante aquel tiempo la mirada de César no se apartó de un abombado jarrón que decoraba uno de los ángulos de la tienda. Ni la entrada del criado logró arrancarle de su contemplación. Al fin, Ah Sing, en cuyo inexpresivo rostro había aparecido una sonrisa de satisfacción, tuvo que inclinarse hacia él y pedirle:

-¿Permites a tu siervo que distraiga tu interés?

-¡Oh! -exclamó César, haciendo como si le arrancara de un sueño-. Perdóneme, Ah Sing. Me había olvidado del tiempo y de que estoy en la tierra.

-Hace cinco generaciones, uno de mis honorables antepasados vivió toda su vida con la mirada fija en ese jarrón. Y su vida fue la más feliz que se ha conocido.

-Porque estuvo en el Paraíso... ¿Acaso Dios descendió a la tierra para formar esa maravilla de porcelana?

-Representa la vida entera de un maravilloso artífice que después de mil ciento tres fracasos consiguió al fin obtener la obra de arte que andaba buscando. Para alimentar el horno donde se cocía la pasta, quemó toda la leña de sus bosques, las vallas de su jardín, los cerezos que en primavera se cubrían de flores, y al fin, su casa, su lecho, sus libros. Y cuando terminó el jarrón, lo ofreció a la mujer cuya hermosura había tomado como modelo.

-Eres feliz poseyéndolo -dijo César, bebiendo un sorbo de té-. Sólo tu raza es capaz de dar al mundo esas maravillas. Y ahora te suplico que perdones los malos deseos que la contemplación de esta belleza ha despertado en mi alma. El robo no me parecería pecado si era el medio de obtenerlo.

-El que confiesa sus malos pensamientos, demuestra que sabe dominarlos -replicó Ah Sing-. No debes inquietarte.

Bebieron los dos en silencio. César hubiera obrado de muy distinta manera; pero sabía que con los orientales es inútil ir de prisa. Su concepto de la vida y del tiempo es muy distinto del de los occidentales. Cuando se hubo consumido todo el té, Ah Sing inclinó la cabeza, preguntando a César:

-¿A qué debe mi humilde morada el honor de tu visita?

-Hace un rato, al pasar ante esta casa, camino de una despreciable, pero urgente ocupación, vi cómo una dama que conservaba en su rostro la belleza de la flor del melocotonero contemplaba un collar de perlas. El sol se contemplaba también en las perlas y mi corazón sintió deseos de poseer un collar como aquél. Vi tu nombre y supuse que la dama había adquirido aquella hermosa joya en esta casa. Por ello, al terminar mi ocupación, volví hacia aquí. ¿Podrías proporcionarme un collar como aquél?

-Aquel collar es indigno de tu grandeza -replicó Ah Shing-. Y también es indigno de la hermosura de su dueña.

-Comprendo que quien es dueño de esa maravilla de porcelana, considere despreciables las perlas que nacieron en el fondo del mar,

producto casual de unos seres tan humildes como las ostras.

-Aquel collar, como hubieras comprobado si lo hubieses tenido lo bastante cerca de tus ojos, no nació en el fondo del mar.

-Perdona que exprese incredulidad a tus palabras. ¿Acaso quieres decirme que aquel collar no era legítimo?

-Eso es lo que mis palabras quieren decir. Aquel collar nació en el laboratorio de mi hijo, que ha robado a la naturaleza el secreto de producir perlas.

-Siento una gran decepción ante mi incapacidad de descubrir la verdadera legitimidad del collar; pero si es posible imitar tan bien las perlas, la imitación debe de valer tanto como la realidad.

-Cometes de nuevo un error. La apariencia es exacta, pero sólo exteriormente. El peso basta para revelar que las perlas son como vacías pompas de jabón. Lo que tus ojos contemplaron no es más que la imagen de otro collar del que aquella dama tuvo que separarse. Al perder el original me pidió que le hiciera una reproducción exacta. Como el padre que despide a su hijo que marcha a lejanas tierras, quiere conservar su imagen para encontrar en ella un consuelo y una ayuda para recordar al bien ausente, aquella dama quiso conservar un débil recuerdo de la deslumbrante realidad.

-Tal vez si mi mano hubiera sopesado el collar habría convencido a mis ojos de que estaban cometiendo un error, pero la imagen era tan parecida al original que... mi error está justificado. ¿Qué motivo pudo impulsar a aquella dama a desprenderse de su hermosa joya?

-Conozco los efectos, pero ignoro las causas. Aquella dama necesitaba urgentemente una gran suma. Acudió a mí y ofreció el collar a cambio del despreciable dinero. Pidió un precio muy elevado, pero no excesivo. Uno de mis compatriotas embarcaba hacia nuestra patria para disfrutar de la dicha de cerrar para siempre los ojos en ella. Como mejor recuerdo se llevó con él el collar.

-Eso quiere decir que aquella maravilla está en la feliz tierra donde nace el sol.

-Que ahora será más hermosa que nunca.

César de Echagüe inclinóse hacia el oriental y empezó:

-Mi corazón arde lleno de deseos de poseer un collar como el que vi. Escucha...

Una hora más tarde, César abandonaba la joyería de Ah Sing y, subiendo a su coche emprendió el regreso al domicilio de don Diego Rivera. Evitando encontrarse con el dueño de la casa, encerróse en su cuarto y de una caja asegurada con un candado sacó un fajo de papeles. Eran los que había encontrado en el árbol junto al cual, años antes, hiriera a Gort Gallagher. Eligiendo uno de los papeles, leyó:

Su secreto le costará a Rosario de Kreider una fortuna. El plan consiste en pedirle cien mil dólares por los documentos que prueban su culpa. Si ella no quiere darlos, el plan es ofrecerlos a su marido, quien, para evitar la publicidad que podría darse al asunto, pagará lo que se pida. Mike, Lang y Karpis han sido encargados del chantaje. Yo impediré que puedan triunfar; pero

no sé si podré salvarme. Por eso dejo estos documentos, que son el único duplicado que existe de los que posee King. Debiera empezar por él; pero antes tengo que impedir que Ida se vea envuelta en los planes de Colin. Ojalá tuviera mayor inteligencia para saber lo que debo hacer. Mataré a esos tres y luego traspasaré a alguien la defensa de Ida.

Guardando el documento, que era el final de una larga carta, César entornó los ojos y mentalmente revivió la escena en que Gort Gallagher habíase enfrentado con los tres pistoleros, Mike, Lang y Karpis, y de la cual poseía una referencia completísima. Gort Gallagher había entrado en la taberna donde los tres se encontraban y, sin darles tiempo a defenderse, comenzó a disparar sobre ellos. En dos segundos todo terminó; pero al huir, Gort cometió un error y Farrell y sus hombres lo detuvieron.

-¡Precisamente Farrell! -exclamó César-. Si él lo hubiera sabido, habría hecho lo posible para que Gort escapara a la justicia.

Poniéndose en pie, agregó, clavando la mirada en un enorme espejo veneciano:

-Don *Coyote,* ha llegado el momento de intervenir. Y como tú solo no puedes hacerlo todo, tendrás que pedir ayuda al único hombre dispuesto a prestártela.

Aquella noche, César de Echagüe anunció a don Diego Rivera que al día siguiente marcharía a Sacramento.

-Tengo allí unos asuntos pendientes cuya solución he retrasado hasta ahora.

-Bien, no esperaba que se marchara tan pronto. Por cierto que he estado examinando las ballestas y los dardos y uno de éstos tiene unas señales recientes...

-Don Diego -interrumpió César-. Cuando a un pobre le dan una moneda de oro y le dicen que es un centavo, lo mejor que puede hacer es callar y aceptar el falso centavo.

-Don César, no me empiece con jeroglíficos. Hable claro.

-Quiero decir que si el capitán Farrell, que es un hombre muy sagaz, no ha reconocido el dardo que disparó *El Coyote.* es porque debe de tener motivos para ello.

-¿Cree acaso que *El Coyote* utilizó la ballesta y el dardo?

-Desde luego, y el dardo ha vuelto a su casa. Alégrese de que el capitán Farrell no le haya molestado todo cuanto hubiera podido hacerlo.

-¿Qué motivos puede haber tenido para devolverme el dardo?

-¿Quién se lo ha devuelto?

-Pues el capitán. ¿Quién va a ser?

-Pudo traerlo *El Coyote* -sonrió, burlón, César.

-¡Bah! *El Coyote* no puede atravesar una puerta de roble que ni un cañonazo derribaría.

-Eso es algo que está por probar, don Diego. Olvídese de todo y no complique la existencia al *Coyote* ni al capitán. Creo que los dos son malos adversarios. No se entrometa.

-¿Cómo sabe todo eso?

-No lo sé; pero me lo imagino. Piense que lo lógico hubiera sido que al no encontrar el dardo, el capitán le hubiese metido en la cárcel. Si no lo ha hecho es porque no quiere perjudicarle. Y si fue *El Coyote* quien trajo el dardo, entonces es que tampoco *El Coyote* quiere molestarle. Pero si usted anda voceando sus descubrimientos, se expone que *El Coyote* y el capitán Farrell premien desagradablemente sus esfuerzos por deshacer lo que ellos hicieron. ¿Me entiende?

-Pues... quizá sí. ¿Cree que no debo decir nada?

-En boca cerrada no entran moscas, y en este caso el adagio es el apropiado.

-Y también usted. La verdad es que hasta ahora le había creído un poco tonto. Estaba equivocado.

-Sí, estaba muy equivocado. Debía haberme creído muy tonto. Entonces hubiera estado en lo cierto. Adiós.

Con los ojos dilatados por el asombro, don Diego sólo pudo tartamudear:

-Adiós.

Aquella noche, el capitán Farrell acudió de nuevo a la misión Dolores, en respuesta a una llamada urgente del *Coyote.*

-Marche a Arbolado -ordenó el enmascarado-. Póngase en contacto con Ida Hubbard y cásese con ella.

-¿Por qué? -preguntó Fred Farrell.

-Porque sólo así podrá salvar su vida.

-No entiendo.

-La vida de Ida Hubbard está pendiente de un hilo. Y ese hilo será cortado a menos que los que tienen las tijeras averigüen que su crimen no ha de reportarles ningún beneficio. Según las leyes de esta nación, el marido hereda los bienes de la esposa. Si Ida Hubbard muere, usted heredará su fortuna. Y ni Ring Colin ni sus compañeros desean que eso ocurra. Ellos han hecho planes para que el dinero vaya a sus manos, y uno de los planes de King Colin es el de casarse con Ida y luego...

-¿Qué?

-Luego enviudar y heredar medio millón. No pierda un segundo.

Antes de que Fred Farrell hubiera vuelto en sí de su asombro, *El Coyote* había escapado a todo galope.

A la mañana siguiente, César de Echagüe emprendía la marcha hacia Sacramento, y una hora antes, el capitán Farrell había solicitado tres semanas de licencia, que le fueron concedidas porque en San Francisco reinaba, por el momento, una paz octaviana.

Capítulo VII

El corazón de Ida Hubbard

King Colin se paseaba nerviosamente por la estancia. Desde hacía tres años vivía en Arbolado y hasta poco antes había echado terriblemente de menos a San Francisco. Sin embargo, en aquellos momentos sentía las mismas inquietudes que le obligaron a poner tierra de por medio entre San Francisco y él.

-¿Estáis seguros de que se trata de Farrell? -preguntó, volviéndose hacia sus tres compañeros.

-Claro que era él -replicó Buck Blanton-. ¿Crees que olvidaría su cara?

-Era él -asintió Red Gamer, encendiendo un cigarrillo en la llama del quinqué colocado sobre la mesa-. Además, no trata de ocultar su identidad.

-Menos miedo me da Farrell que *El Coyote* -dijo Clay Abbot.

-Pues a mí nada me placería tanto como encontrarme cara a cara con *El Coyote* -dijo Red Garner-; pero no es probable que nos dé la cara.

-¡Claro que nos la dará! -gruñó Clay Abbot-. ¿Crees que si no estuviese dispuesto a luchar se habría molestado en contestar a la demanda de Gallagher? Desde el momento en que contestó tan pronto es que piensa luchar contra nosotros.

-¿Y qué puede un solo hombre contra cuatro bien decididos? -insistió Red-. Hasta ahora sólo ha peleado contra gente débil...

-Si los de la Calavera te parecen débiles -se burló Abbot.

-En aquello le acompañó la suerte. Además, al principio luchó contra miembros aislados. Contra toda la banda sólo peleó una vez.

-Y la exterminó -dijo Blanton.

-Un tiro de suerte -insistió Garner.

-Hace muchos años que la Suerte acompaña al *Coyote* -recordó Abbot-. ¿Por qué no ha de seguirle favoreciendo?

-Algún día le abandonará, y ese día será aquel en que Red Garner le tenga frente a sus revólveres.

-Recuerda, Red, que Gort Gallagher era mil veces más rápido que tú -dijo Clay-. Sin embargo, *El Coyote* le arrancó el revólver de la mano y luego le señaló. Si hubiese querido le habría matado.

-¿Queréis callaros de una vez? -gritó King Colin-. Tenemos otros problemas más importantes. Ese Farrell puede estropearnos el buen negocio que estamos realizando. ¿Creéis que habrá venido para investigar los asaltos a las diligencias?

-No -respondió Garner-. Sólo el *sheriff* tiene autoridad para hacerlo y es nuestro de pies a cabeza.

-Puede traicionarnos.

-Le costaría la vida.

-Entonces, ¿a qué ha venido?

-En busca de un corazón -dijo Blanton.

-¿Qué corazón? -preguntó King.

-El de Ida -respondió Blanton-. ¿Es que no te has dado cuenta de que la chica no está enamorada de ti?

-Hablas mucho, Buck, y te expones a que un día... te haga callar.

-¿Como hiciste con Gort? ¡Bah! Él estaba encariñado con la chica y no quiso descubrirnos por no perjudicarla con la publicidad, pero yo no estoy enamorado de Ida ni de nadie, y para hacerme callar tendrías que matarme con tu propia mano, para lo cual te faltaría hombría.

Entornando los ojos, King advirtió:

-Si quieres que te demuestre que no me falta hombría lo haré cuando quieras.

-¿Ahora? -preguntó Buck, llevando velozmente la mano derecha a la nacarada culata de su revólver.

Red Garner le impidió empuñar el arma y, al mismo tiempo, se interpuso entre él y Colin, que, muy pálido, había hecho, también, intención de sacar su revólver.

-No seáis loco -ordenó-. Después de la muerte de Gort, de Mike, de Lang y de Karpis, hemos quedado reducidos a la mínima expresión. Y vosotros aún queréis reducir más nuestras fuerzas. No sobra ninguno de nosotros y, por el contrario, aún faltan unos cuantos. Tenemos un buen negocio y nos conviene vivir para disfrutar de sus beneficios. Dejad, pues, los personalismos y trabajemos unidos. Unos tenéis miedo del *Coyote* y otros de Fred Farrell. *El Coyote* aún no ha aparecido por aquí, y Farrell no parece venir con malas intenciones. Dejémosle tranquilo y atendamos a nuestros asuntos. En primer lugar, hoy nos hemos reunido no para discutir temores más o menos infundados, sino para repasar las cuentas. ¿Cómo andamos de dinero, King?

-Dejémoslo para otro día, Red. Hoy no estoy de humor para discutir de dinero. ¿Necesitas algo? Te daré...

-No me des nada más que lo legal. Quiero que hagamos cuentas y que a cada uno se le dé lo que es suyo. La señora Kreider nos entregó cien mil pesos. De acuerdo con lo convenido, veinte mil a cada uno de nosotros y cuarenta mil a ti. Empieza a repartirlos.

-¿No crees que es mejor esperar algún tiempo?

-¿Para ver si entretanto nos morimos y todo queda para ti? Anda, empieza a sacar el dinero y a repartirlo. Si deseas tener una reserva de capital, confórmate con lo que se obtuvo de los asaltos a las diligencias que transportaban oro no asegurado.

-Ese dinero no se puede tocar -se apresuró a decir Colin-. Podría ocurrir algún accidente y entonces necesitaríamos responder de los seguros.

-¿Quién puede asaltar las diligencias? -preguntó burlonamente, Blanton-. Hasta ahora sólo nosotros lo hemos hecho.

-Pero entonces teníamos más gente -dijo Abbot-. Podíamos mantener una vigilancia que ahora resulta imposible. King tiene razón. Si algún bandido independiente nos robase tendríamos que abonar el seguro.

-Está bien -dijo Garner-. Repartámonos sólo el dinero del chantaje.

King Colin abrió una caja de caudales y de ella sacó una cartera llena de billetes de banco. Comenzó a contarlos y Abbot le ayudó en la tarea. Cuando terminó Colin, cada uno de los tres bandidos tenía ante

él veinte mil dólares, y Colin, dos montones que sumaban cuarenta mil. Los cuatro guardaron el dinero que les había correspondido. Luego King anunció:

-Hoy la mina «Resolución» hace un envío asegurado en treinta mil dólares.

-¿Es ése su valor real? -preguntó Garner.

-No. El valor exacto es de veinticinco mil.

-Ya se han convencido de que es preferible valorar el oro que envían en mucho más del valor real. Así no sufren ningún asalto. Al principio lo valoraban en menos y se encontraron con que algunas veces recibieron de nosotros veinte mil dólares por un cargamento robado por nosotros mismos que valía, en realidad, cincuenta mil.

-¿Quién vigilará el cargamento? -preguntó Colin-. ¿Alguno de vosotros?

-No es necesario -dijo Garner-. Pueden ir los hombres de costumbre. ¿Algo más?

-Nada más. Vigilad a Farrell.

-Y al *Coyote* -rió Red Garner-. No temas.

En aquellos momentos, Ida Hubbard permanecía, vacilante, a la puerta del almacén de Loewenstein. A través del sucio cristal del escaparate había visto a Fred Farrell. La noticia de la llegada del capitán a Arbolado le fue comunicada por el chino encargado de lavar la ropa de Colin y de su gente. En cuanto lo supo, Ida se apresuró a salir en busca del hombre en quien no había dejado de pensar desde que saliera de San Francisco. Pero ahora que ya sabía dónde estaba, una súbita timidez le impedía entrar y fingir como ya había decidido, que el encuentro era casual. Al ir a mirar de nuevo a través del cristal, una voz la contuvo.

-Buenos días, señorita Hubbard.

-¡Oh! -casi chilló Ida. Y en seguida-. ¿Usted aquí, capitán?

-Sí, señorita -sonrió Farrell-. ¡Cuánto tiempo sin vernos!

-Sí... mucho tiempo. E... entraba a comprar...

-No quiero estorbarla.

-No importa, ya volveré luego. En realidad no era nada urgente; pero como Loewenstein suele tener artículos de mercería... Pues... Pero ya lo compraré mañana. No se trataba de nada que me hiciese mucha falta.

-Entonces, ¿puedo acompañarla?

-Sí..., sí, claro. Iba a dar un paseo.

-Mejor. Yo también deseaba pasear. Sólo he entrado a comprar un poco de tabaco. Arbolado es muy hermoso.

-Antes lo era más -contestó Ida-. Cuando aún no había minas.

Comenzaron a caminar por las desiguales y estrechas aceras de tablas. A su alrededor se desarrollaba una vida semejante a la de todas las poblaciones mineras.

-¿Ya sabe que Gallagher ha muerto? -preguntó, de pronto, Farrell.

Ida inclinó la cabeza.

-Fue usted quien le detuvo, ¿verdad?

-Sí. Mató a tres compañeros suyos.

-Eran tres canallas -declaró fogosamente, Ida-. Mike, Lang y Karpis eran casi los peores de todos.

-¿Casi? -preguntó Farrell.

-Sí. Los peores son King y Garner. Blanton y Abbot son malos; pero no tanto.

-¿Por qué vive usted con ellos? -preguntó Farrell.

Ida le miró con los ojos llenos de angustia.

-King es mi tutor -murmuró-. Gallagher era el único algo bueno. Parecía sentir un gran cariño hacia mí... No, no era que estuviese enamorado. No me miraba como... como me mira King. Pero siempre me decía que hasta llegar a mi mayoría de edad no podríamos hacer nada. Yo creo que le tenía algo de miedo a King Colin.

-Si King Colin no hubiera entregado al fiscal que llevó la acusación contra Gallagher ciertas pruebas de pasados delitos, a Gort le hubiesen dejado en libertad -dijo Farrell-. Pero había algo en el pasado de Gort que sólo podía ser purgado con la muerte.

-Sin embargo, Gort también sabía muchas cosas de Colin. ¿Por qué no habló?

-Por usted. Temió perjudicarla. No quiso decirnos nada que pudiera comprometerá King Colin.

-¡Y el día de la ejecución, King y sus tres cómplices fueron a ver cómo le ahorcaban! -murmuró Ida-. ¡Quisiera matarlos a todos!

-Si me ayuda podremos terminar con ellos.

-Imposible. Son más fuertes de lo que usted se puede imaginar. El *sheriff* de este condado está a sus órdenes. King me compró la línea de diligencias porque dijo que era un mal negocio, y ahora la explota con beneficios fabulosos.

-¿Qué hace?

-Sólo él puede transportar oro y hace pagar los portes que quiere.

-¿Y por qué sólo él?

-Tiene la cesión de la línea y nadie puede establecer otra. Al principio los mineros transportaban ellos el oro a San Francisco; pero Mike, Lang y los otros los asaltaban y les robaban su oro. Y si alguno se resistía lo asesinaban. Al fin, como a la diligencia nunca la asaltaban, los mineros se vieron obligados a confiarle el traslado del oro; pero entonces King tuvo la idea de establecer un seguro. Por cada diez mil dólares que se trasladan, se pagan mil, y en el caso de que ocurra algún asalto, la compañía abona el importe del cargamento. Como la prima era muy elevada, nadie quiso pagarla; pero entonces volvieron a producirse los asaltos y al fin todos han accedido a pagar el seguro.

-¿Cuánto oro han robado?

-Los primeros asaltos le dieron a Colin un beneficio de doscientos mil dólares. La explotación de la línea de diligencias le proporciona unas ganancias inmensas.

-Sabiendo todo eso podría usted haber acudido a mí y hubiésemos terminado con King Colin.

-No poseo pruebas palpables. Sé que es así: pero con ello no basta. Un tribunal exige siempre pruebas. Además, siendo yo menor de edad, estoy a cargo de King Colin. Puede hacerme detener y lo haría en

cuanto me atreviera a escapar de aquí.

Farrell inclinó la cabeza. Al cabo de un rato de caminar en silencio declaró:

-La muerte de Colin la libertaría, ¿verdad?

-No intente matarle.

-¿Por qué?

-Porque... temo por su vida. Colin es un traidor y siempre se hace proteger por sus cómplices. No reconoce ningún código de honor. En cuanto sepa que usted ha llegado le hará asesinar. Desconfíe de todo el mundo. No debiera haber venido.

-Nada me sería más grato que dar mi vida por usted, Ida.

La joven le miró con los ojos humedecidos por las lágrimas.

-Yo no deseo que usted muera.

-¿Por qué? -preguntó, anhelante, Fred.

Al cabo de unos segundos, Ida preguntó, en vez de responder:

-¿Cómo resolvió aquel apuro?

-Recibí la ayuda de un hombre que es el mismo que me ha enviado aquí.

-¿Quién es?

-Tal vez no haya oído hablar nunca de él. Es *El Coyote.* Nadie le conoce y hay muchos que dicen que es un delincuente.

-No, no lo es -murmuró Ida-. ¡Cuántas veces he pedido a Dios que lo enviara en mi auxilio! Hace días que le esperaba.

-¿Supo lo ocurrido cuando la ejecución de Gallagher?

-Sí. Clay Abbot habló de ello. Está asustado. Teme que *El Coyote* intervenga, pues entonces la suerte de todos ellos estaría sellada. ¿Ha hablado usted con él?

-Sí. Una vez me salvó la vida y otra vez me ha salvado el corazón.

-No entiendo.

-Me dijo que usted me amaba.

Ida no respondió y Fred, que la observaba ansiosamente, la vio sonrojarse.

-Me ordenó que viniese y...

Ida continuó sin volver la cabeza; pero a! notar que Fred no seguía, preguntó con voz apenas perceptible:

-¿Qué le ordenó?

-Que viniese a Arbolado y... y me casara con usted.

Ida volvió lentamente la cabeza.

-¿Se burla de mí? -preguntó.

Pasando, sin transición al tuteo, Farrell aseguró:

-No, Ida, te amo demasiado para eso.

-Pero durante tres años...

-No me atreví a venir. Cuando acudiste en mi ayuda creí que te movía la piedad. Y aun ahora no me atrevo a decirte que te amo, porque he sabido que eres muy rica. Posees una fortuna de medio millón de dólares y yo... no puedo ofrecerte nada.

-A veces he deseado ser pobre, Fred. Desde que supe cuál era mi fortuna, comprendí que en ella encontraría el origen de todos mis dolores. Pero tú no debes temer que yo crea que es el interés el que te

empuja hacia mí. Si rechazaste un dinero que te habría salvado, y lo rechazaste porque procedía de una mujer, no creeré que ahora has cambiado. Cuando me dijiste que ya estaba resuelta tu situación, mentiste, ¿verdad?

-Sí. Fue al volver a casa, después de separarme de ti, cuando encontré el mensaje del *Coyote.*

-Y noche tras noche fuiste a La Bella Unión para poder estar delante de mí.

-Sí.

-Y me miraste con ojos tan puros, que yo no pude por menos de fijarme en ti. De pie allí, junto a aquella odiosa mesa de ruleta, haciendo trampas para que la bola cayera siempre en el número menos cargado, mis ojos tropezaban siempre con miradas que eran como manos ansiosas que me desnudaran. Aquellos hombres eran bestias repugnantes. Sólo tú me mirabas como yo deseaba ser mirada. Por eso acudí aquella noche a tu casa. Al separarnos temí que no me hubieses comprendido.

-No te comprendí, porque tuve miedo de que tú tampoco me hubieras comprendido. Luego, al verte marchar de San Francisco, creí que huías por tu voluntad. Y creo que si *El Coyote* no me hubiese abierto un poco los ojos yo no habría comprendido nunca la verdad o nunca me hubiese atrevido a recorrer el breve camino que nos separaba. Ida, ¿quieres ser mi esposa?

-Sí, Fred, pero... no podré serlo hasta que llegue a mi mayoría de edad. Hasta entonces necesitaré el permiso de King Colin, quien podría anular el matrimonio.

-Entonces, Ida, mataré a King Colin.

Fred Farrell pronunció estas palabras con tal firmeza, que Ida no tuvo valor para protestar. Tan sólo con el pensamiento murmuró:

-Dios mío, protégele.

Capítulo VIII

El Coyote

Cuando las nieblas matinales se ceñían a los picachos de la sierra, una vieja diligencia de tipo Concordia marchaba entre crujidos, chirridos y gemidos en dirección a San Francisco, tirada por seis fuertes caballos. Don Martin sostenía las riendas. De cuando en cuando hacía restallar el látigo sobre las cabezas de los animales y soltaba una sarta de juramentos, dirigidos a los caballos, que no turbaban a éstos ni al «Soñoliento» Bray, que se sentaba junto a él, con las manos apoyadas en el doble cañón de una escopeta cargada de perdigones casi hasta la

boca. De su cinto pendía un viejo Colt reliquia de la guerra.

Un joven judío, el único ocupante del vehículo, se veía lanzado tan pronto a un lado como a otro, esforzándose, inútilmente, por encontrar un punto donde los movimientos de la diligencia fueran menos intensos.

Sólo «Soñoliento» Bray era capaz de dormir en medio de tanta sacudida y, por algún milagro, no perdía ni por un momento el difícil equilibrio.

De súbito, su tranquilo sueño fue interrumpido por una recia voz que ordenó:

-¡Levanten las manos, caballeros!

La orden fue dada en español, pero fue apoyada significativamente por un revólver de seis tiros que empuñaba un hombre vestido a la moda mejicana que, de pronto, surgió de detrás de unos abedules.

Pero «Soñoliento» Bray era hombre de acción que se había encontrado en más de un apuro semejante, saliendo siempre bien librado gracias a su prodigiosa puntería y rapidez de tiro. Casi antes de ver al que daba la orden de levantar las manos, Bray echóse la escopeta al hombro y llevó el pulgar hacia los gatillos.

No pasó de ahí. Con el revólver a la altura de la cintura, el mejicano disparó y antes de ver el fogonazo, Bray sintió en su oreja izquierda el abrasador mordisco de un moscardón de plomo que siguió su camino hacia el cielo. Al mismo tiempo, el desconocido levantó la cabeza y Bray, con los ojos desorbitados, descubrió el antifaz que cubría el rostro del salteador.

-*¡El Coyote!* -gimió y la escopeta resbaló de entre sus manos, al mismo tiempo que Don Martin echaba de un puntapié los frenos de la diligencia, que se detuvo en medio de una nube de polvo.

-Muy bien, amigos -rió el enmascarado-. Veo que habéis aprendido la lección. Tú, viejo, tira esa escopeta que llevas debajo del asiento...

La orden iba dirigida a Don Martin, que se apresuró a obedecer, tirando a tierra una escopeta algo más corta que la de Bray. Dirigiéndose a éste, *El Coyote* ordenó:

-Y tú tira ese revólver que te asoma por la funda. Así hablaremos mejor.

«Soñoliento» Bray obedeció presuroso, sin intentar demostrar su agilidad en el manejo del revólver.

-Perfecto -rió *El Coyote-.* Lo malo de los mayorales y sus guardas es que insisten en creer que las escopetas de caza se deben utilizar contra los seres humanos en vez de reservarlas para los conejos. A ver ese viajero que lleváis dentro.

El israelita asomó su asustado rostro enmarcándolo entre sus manos, bien abiertas como para demostrar que no guardaba en ellas ninguna carabina ni revólver.

-¿No lleva armas, Abraham? -preguntó *El Coyote.*

-No... no, señor bandido, no llevo nada, ni un arma, ni un cuchillo, nada...

-Está bien. Baje. Y vosotros también. Y daos prisa, no me vaya a poner nervioso y sin querer le vuele la cabeza a alguno.

En dos segundos, los tres hombres estuvieron alineados junto a la inmóvil diligencia.

-Señor bandido -gimió el hebreo-. No tengo dinero, sólo un mal reloj de plata...

-No me llame señor -respondió *El Coyote,* haciendo girar el revólver en torno al dedo índice de su mano derecha.

-No... no... le llamaré más señor, don bandido -tartamudeó el judío.

-No me llame bandido, tampoco. No me gusta.

El joven cayó de rodillas y levantando las manos hacia el jinete, preguntó casi llorando:

-¿Pues cómo quiere que le llame, señor?

-*El Coyote,* y puedes guardar ese reloj. No me interesa la plata, sino el oro. Sube a la diligencia y aguarda a que termine con este par de buenas piezas. ¿Qué lleváis en el pescante?

-Nada importante -replicó, sin gran convencimiento, Don Martin.

El revólver que giraba en torno al dedo del *Coyote* interrumpió súbitamente su movimiento, y dos agujeros quedaron abiertos en la copa del sombrero del conductor de la diligencia. A través de la nubecilla del humo de su disparo, *El Coyote* declaró:

-La próxima vez que trates de engañarme, no me molestaré en evitar que la bala atraviese tu estúpida cabeza. ¿Entiendes?

Don Martin se encogió cansadamente de hombros y, volviéndose, levantó las manos hasta el pescante, haciendo caer al suelo una recia caja de roble asegurada con gruesas bandas de hierro y cerrada con un enorme candado. Luego, secándose el sudor que perlaba su frente, declaró:

-No llevamos nada más. Pero ya es bastante, señor *Coyote.* Se lleva uno de los mejores botines que se han perdido por aquí.

-Me alegro. Ahora subid otra vez al pescante y llevad a este hijo de Israel a su destino. Os advierto que sería muy peligroso para vosotros cometer la locura de regresar antes de tiempo a Arbolado.

-Adiós -gruñeron Don y Bray.

-Hasta la vista -rió *El Coyote*- No os olvidéis de decírselo a King Colin. ¡Hasta la vista! Nos volveremos a ver más de una vez.

Cuando la diligencia iba a doblar el próximo recodo de la carretera, Don Martin volvió la cabeza. En medio del camino junto a la caja que contenía los veinticinco mil dólares en oro, *El Coyote* permanecía inmóvil, empuñando su revólver y con la mirada fija en el carruaje que se alejaba. Asustado, Don Martin no se atrevió a volver de nuevo la cabeza, a pesar de tener la seguridad de que el salteador ya no podía verle.

Cuando el *sheriff,* acompañado por veinte hombres y por Blanton y Garner, llegó al lugar donde había sido asaltada la diligencia, la pista dejada por *El Coyote* estaba tan fría que era inútil intentar seguirla. Buck Blanton y Red Garner instaron al *sheriff para* que examinara todos los rastros próximos al lugar del asalto, pero todos se perdían a

poco en el rocoso suelo de la sierra.

Varios jinetes llevaban cuerdas a las que se había hecho ya el nudo para ahorcar al *Coyote;* pero, al fin, hubo que deshacer los nudos y todos volvieron, fracasados, a Arbolado, donde les aguardaba una noticia sumamente desagradable.

Aprovechando la ausencia del *sheriff* y de la mayoría de los hombres del poblado, *El Coyote* había surgido cuando menos se le esperaba, en las oficinas de la agencia de transportes, donde sólo se encontraban los empleados, ya que Clay Abbot y King Colin habían ido a prometer a los propietarios del oro que ellos les pagarían el importe del seguro.

-Hijos míos, no deseo haceros ningún daño -les dijo por encima de sus dos revólveres-. Colocaos de cara a la pared y no me obliguéis a aumentar con plomo vuestro peso en unas cuantas onzas.

Los empleados se dejaron convencer en seguida y hasta ayudaron al *Coyote* a cargar los sacos de oro que la mina «Oro Grande» había entregado unas horas antes, recibiendo un resguardo de seguro por sesenta mil dólares. Sin que nadie soñara en molestarle, *El Coyote* abandonó Arbolado llevando tras él dos caballos cargados con su botín.

-¡Ha firmado su sentencia de muerte! -rugió Red Garner, cuando el abatido King Colin le dio la noticia del segundo robo.

-Tal vez la hayamos firmado nosotros -suspiró Clay Abbot.

-No. La mina «Soledad» quiere enviar un cargamento de cincuenta mil dólares -dijo Red-. ¿Qué piensas hacer, King?

-No lo acepto -gimió King-. *El Coyote* dijo a Don y a Bray que volvería a asaltarles. Sería una locura enviar ese oro...

-Se enviará. No estamos para tirar estúpidamente quince mil dólares.

-Prefiero no ganar quince mil antes de perder ciento cincuenta mil -declaró King.

Red Garner se inclinó, amenazador, hacia King.

-Escúchame -dijo-. Estamos metidos todos en este juego y vamos a seguir juntos hasta el fin. Tú expondrás el dinero que hemos ganado y yo expondré mi vida.

-¿Qué quieres decir? -preguntó King.

-Yo vigilaré el transporte del oro. Iré en el pescante, con un revólver en cada mano, y ya veremos si el señor *Coyote* se atreve a detenerme.

Un profundo silencio siguió a estas palabras. Al fin King declaró:

-Es tu vida lo que expones, Red, pero también nuestro dinero.

De un bolsillo Red sacó un fajo de billetes y lo tiró sobre la mesa, diciendo:

-Aquí van mis veinte mil. Si tuvieras que pagar el seguro, esto te ayudará a hacerlo. Avisa que ya pueden traer el oro.

Al día siguiente, cuando la noche pesaba aún sobre la tierra, la diligencia abandonó Arbolado. Don Martin la conducía, pero «Soñoliento» Bray no quiso por nada del mundo acompañar a Red Garner.

-Es un imbécil -dijo Don Martin-. Aunque *El Coyote* nos vuelva a

detener, a mí no me hará nada. De haberlo querido me hubiese matado entonces. Si no lo hizo es que seguramente no le interesa mi muerte...

-Además, ahora yo estoy contigo -dijo Garner-. Vas seguro.

-Eso es lo de menos -replicó Don Martin-. Por muy de prisa que usted tire, no aventaja al *Coyote.* Es algo de miedo verle cómo tira. En un momento dado su mano está jugando con el revólver. De pronto, ¡pam!, ya tiene usted una bala silbándole por encima de los sesos. ¡Y menos mal si puede oírla silbar!

-¡Ojalá nos encontremos con él! -declaró Red Garner-. Te demostraría cómo le haría callar para siempre.

La diligencia había salido ya del pueblo y avanzaba con intenso fragor por la carretera, bordeando un profundo despeñadero que se abría a su derecha.

-En cuanto le tenga delante -siguió Red-, verás cómo le destrozo a tiros. No me conformaré con una sola bala -agregó-. Le meteré doce en el cuerpo. Y en seis segundos.

-Será algo maravilloso -comentó una burlona voz detrás de Garner, quien sintió contra su espalda un duro e inconfundible contacto-. Eres magnífico, Red. Hola, Don, me olvidé de darte cuarenta dólares para que te compraras un sombrero nuevo.

Red Garner había quedado inmóvil, como transformado en hielo. El desconocido continuó, apretando con más fuerza su revólver contra la columna vertebral del bandido:

-Es delicioso oír hablar a los que son tan valientes como tú. Sigue adelante, Don, haremos el viaje casi hasta San Francisco; pero Red no vendrá con nosotros. Estoy seguro de que su presencia te molesta tanto como a mí.

-¿Qué piensa hacer, señor *Coyote*? -preguntó Don Martin-. ¿Le asesinará?

-He estado reflexionando sobre eso -replicó *El Coyote.-.* De momento pensé en aguardaros por el camino y darle a Red la oportunidad de morir con los revólveres en la mano.

-Eso es lo que hubiese hecho un hombre valiente -gruñó Red.

-Tal vez-admitió *El Coyote-.* Pero yo no tengo necesidad de demostrarte a ti ni a los demás que soy capaz de llenarte de balas el corazón. Resulta ya tedioso el ir matando gente a tiros. Y además, resulta caro. Si te tomamos a ti como ejemplo, todos reconocerán que no vales el plomo que se necesitaría para echarte de este mundo. Claro que te podría matar con uno de estos revólveres -siguió *El Coyote,* arrancando de sus fundas los revólveres de Garner-. Pero de todas formas sería malgastar el plomo.

-¿Me va a matar sin darme una oportunidad? -preguntó Garner-. Si tan seguro está de matarme, ¿por qué no quiere que resolvamos el asunto cara a cara?

-Pienso darte una oportunidad, Red. ¿Ves el hermoso despeñadero que tienes a tu derecha? Pues ésa es tu oportunidad. Salta. Si te partes la cabeza, estará muy bien partida. Si te salvas... otra vez nos encontraremos cara a cara. ¿Aceptas?

-¿Quiere que salte? -preguntó, horrorizado, Garner.

-Sí. Te resultará muy divertido.

-Pero... me mataré.

-Así lo espero.

-Usted no puede hacer eso. Es un crimen...

-Tal vez. Contaré hasta tres. En cuando diga «tres» dispararé y entonces sí que nada te salvará de la muerte. En cambio, si saltas, quizá te libres con una pierna o un brazo rotos.

-Eso es un crimen -gimió Garner.

-Uno.

-No tiene derecho a hacer...

-Dos -interrumpió *El Coyote,* hundiendo con más fuerza el cañón del revólver en la espina dorsal de Garner-. Y voy a contar...

Lanzando una maldición, Garner saltó de su asiento y lanzóse hacia el despeñadero, por el que rodó entre un alud de piedras que le acompañaron hasta el fondo. Don Martin había detenido la diligencia y, como *El Coyote,* escuchaba con atención. Oyóse un grito de agonía y luego un sordo golpe, que llegaba del fondo del abismo. Cuando se hubo apagado el rodar de las piedras, el silencio reinó en absoluto.

-En paz descanse -comentó Don Martin.

-Era un hombre muy malo, Don; pero como Dios es tan compasivo, quizá le haya perdonado. Continúa.

Sin replicar nada, Don Martin soltó los frenos y juró descuartizar a los seis caballos si éstos se negaban a galopar como demonios. Luego, volviéndose hacia *El Coyote,* preguntó:

-¿A dónde quiere que le lleve?

-A un sitio donde tengo unos cuantos caballos para trasladar el botín. Creo que es de los buenos.

-Ciento cincuenta mil dólares. Creo que con esto hunde al jefe.

-Aún le queda bastante; pero cuando termine con él no tendrá ni para las flores de su tumba.

-¿Cómo ha aparecido tan de repente? -preguntó Don Martin-. Donde menos me lo imaginaba era detrás de nosotros.

-En la guerra, Don, conviene presentarse por el lugar más inesperado y en el momento más inoportuno para el enemigo.

-Empiezo a creer que no debe usted sus triunfos a la casualidad, señor *Coyote.* Y me alegro de no figurar entre sus enemigos.

-Es una suerte para ti; pero si sigues, mirándome de reojo y tratando de descubrir algún detalle que te permita luego identificarme, me veré obligado, muy contra mi voluntad, a volarte la cabeza. ¿Entiendes?

-Sí, sí... no le miraré más.

-Eso debes hacer. Si no miras, no verás lo que no debes ver. Cuando llegues al final de la cuesta, detente.

Y como para entretener el tiempo que faltaba, *El Coyote* comenzó a tararear una popular tonada mejicana.

Don Martin, sintiendo una serie de continuos escalofríos, guió los caballos hasta el final de la larga pendiente. Entonces se detuvo bajo unos abetos que cubrían con sus ramas la carretera y muy cerca de los cuales se veían tres caballos.

Capítulo IX

La visita del *Coyote*

King Colin estaba sentado en su despacho. Sólo un esfuerzo de voluntad le permitía continuar allí en vez de salir a recorrer las calles en espera de que regresara la diligencia con la noticia de que el oro había sido entregado sin daño alguno. No le importaba tanto el regreso de Red Garner. Su muerte sería una de las noticias que King acogería con mayor agrado; pero estaba seguro de que Red Garner, para desgracia suya, continuaría viviendo mucho tiempo... Hasta que él encargara a alguien de la eliminación. Garner le había sido muy útil en otros tiempos. Como también lo fue Gort Gallagher, pero lo malo de los compañeros útiles era que así que advertían su utilidad volvíanse insoportables y había que recurrir al violento sistema de terminar con ellos por medio de un tiro o de una traición. Con Garner habría que emplear el tiro, pues la traición no serviría de nada.

-Le veo muy pensativo, King -dijo en aquel momento una voz junto a él.

King Colin dio un respingo y, al volverse, lanzó un grito de terror:

-¡El Coyote!

Sentado a poco más de un metro de él y haciendo girar el revólver, por el guardamonte, en torno del dedo índice de su mano derecha, un hombre vestido a la moda mejicana y con el rostro cubierto por un negro antifaz le observaba con dura sonrisa que dejaba al descubierto una hilera de blancos dientes.

-¡El Coyote! -repitió King, sintiendo un angustioso vacío en su estómago.

-Ya le he oído antes -sonrió el enmascarado.

-¿Qué... qué quiere de mí? -tartamudeó King.

-He venido a verle. ¿Es que le molesta mi visita?

-¿Qué quiere? -repitió King.

-Pues anunciarle que su querido amigo Red Garner ha muerto. Creo que su; cabeza chocó contra una piedra más dura que ella y se partió en unos cuantos; pedazos.

-¿Le mató? -preguntó, horrorizado, King.

-Se suicidó. No supo comprender que *El Coyote* no mata a un hombre por la espalda, por muy canalla que sea.

-¿Y el oro? -preguntó, casi sin voz, Colin.

-¿Qué oro?

-El de la diligencia... Los ciento cincuenta mil...

-No se inquiete por su oro. Lo tengo, guardado en sitio seguro.

-¡Dios mío! ¡Me ha arruinado!

-No exagere, amigo Colin. Le veo muy nervioso. Ha perdido la serenidad, Y eso es lo último que debe perderse. En San Francisco, cuando dirigía La Bella Unión, era usted más audaz.

-¿Qué quiere de mí?

-Amigo Colin, veo que es inútil que yo me esfuerce por hablar amistosamente con usted. No hace más que insistir en discutir de dinero y de otras cosas por el estilo. He averiguado que a doña Rosario de Kreider le sacaron ustedes cien mil dólares a cambio de unos documentos que demostraban unas antiguas culpas. Déme ese dinero.

-Pero... si ya repartimos el dinero entre todos -tartamudeó Colin-. Cada uno recibió su parte.

-King, cuando pido una cosa quiero que se me dé esa cosa. Le he pedido dinero... No deseo excusas estúpidas. ¿Me entiende?

-Pero...

-King Colin, encomiende su alma a Dios o haga lo que quiera. Dentro de tres segundos le mataré.

El revólver habíase detenido en sus giros y apuntaba directamente a la cabeza de King, para cuyos ojos el negro cañón del arma empezó a adquirir proporciones fabulosas.

-Por favor... no me mate -musitó King.

-No pienso complacerle. Voy a ma...

El dedo pulgar del *Coyote* había empezado a levantar el percutor del arma. El chasquido de los muelles del revólver agotó la resistencia de King, que, demudado, dijo con alterada voz:

-Se lo daré.

El Coyote dejó que el percutor descendiera suavemente y permitió que Colin se serenase un poco.

-No vaya a imaginar que puede engañarme y en vez de darme dinero empuñar un arma. A la menor sospecha de que trata de jugar sucio, le mataré.

Pero King Colin no pensaba en jugar sucio. Con mano temblorosa sacó de la caja de caudales un montón de fajos de billetes de banco y los dejó ante *El Coyote,* diciendo:

-Aquí tiene cien mil dólares.

-Muchas gracias. Ahora vuélvase de espaldas y no cambie de postura a menos que quiera quedarse para siempre tal como le deje mi bala.

King Colin fue hacia la pared y levantando las manos quedó frente a ella, inmóvil como una estatua.

Mientras recogía el dinero, *El Coyote* le anunció:

-No volveré a molestarle, King. Me marcho bastante lejos y puede que no volvamos a vernos. Muchas gracias por el botín que me ha proporcionado. Esa línea de diligencias es una verdadera mina. Adiós; pero no olvide que a lo mejor no me he ido y que al ir a volverse puede dar un desagradable tropezón.

-No me moveré -dijo, trabajosamente, Colin.

Y a pesar de que estaba seguro de que *El Coyote* ya se había marchado, King Colin siguió completamente inmóvil hasta que Blanton

y Abbot entraron en el despacho.

-¿Qué significa esa postura?-preguntó Buck Blanton.

Al reconocer su voz, Colin bajó las manos, volviéndose hacia sus cómplices.

-*El Coyote* -murmuró-. Ha estado aquí y nos ha robado cien mil dólares.

Buck Blanton entornó los ojos y acercando la mano a la culata de su revólver preguntó, con voz amenazadora:

-¿Estás seguro de que ha sido *El Coyote* quien se ha quedado con ese dinero?

-¿Por qué lo preguntas?

-Porque me parece muy casual que *El Coyote* te haya robado cien mil dólares y, en cambio, te haya dejado vivo.

-¿Qué sospechas? -gritó Colin.

-Lo más lógico -declaró Abbot-. El dinero es de todos y tú puedes haber decidido robar nuestra parte. Cien mil dólares te vendrían muy bien, pero ese dinero es de los cuatro.

-No -dijo Colin-. No es de los cuatro.

-¿Qué dices? -preguntó Blanton con la mano en la culata de su revólver.

-Red ha muerto -musitó King Colin-. Lo mató *El Coyote.* Lo despeñó.

-¿Cómo lo sabes?

-Me lo dijo *El Coyote.* ¡Dios mío! Terminará con todos nosotros. Ha dicho que se marchaba, pero...

-Si ha matado a Garner también se habrá apoderado del oro -dijo Abbot.

-Claro.

-¿Y tendremos que pagar ciento cincuenta mil dólares?

-No podemos evitarlo.

-Eso significa la ruina —dijo Blanton.

-Completa -admitió King.

-Pero aún queda la chica -siguió Blanton-. Si te casases con ella... Sería medio millón. Claro que podríamos escapar con lo que nos queda; pero con cincuenta mil dólares cada uno no hacemos nada. King, debes casarte con la chica, y en cuanto salga de la iglesia la liquidas,

-No nos precipitemos. Aguardemos el regreso de la diligencia. Si me confirma lo que dijo *El Coyote,* entonces haremos lo que hemos decidido. Tal vez todo sea una mentira.

Pero cuandd Don Martin regresó a Arbolado, su declaración confirmó lo que había dicho *El Coyote.* Después de largos y difíciles trabajos, el cadáver de Red Garner fue sacado del fondo del despeñadero, corroborándose todo cuanto temían Colin y sus dos cómplices.

-¡Estamos arruinados! -musitó King-. Sólo nos queda la chica.

-Sí -dijo Blanton-; pero no olvides lo que acabas de decir. Nos queda la chica. No pretendas reservarte todo el beneficio para ti.

-No tengáis miedo. Jugaré limpio. No me atrevo a hacer frente, solo, a este hombre.

-Está bien -dijo Abbot-. Llama a la muchacha.

Capítulo X

El toque de difuntos de tres canallas

Ida Hubbard clavó la mirada de sus negros ojos en Fred Farrell.

-Hasta ahora -musitó.

-¿Por qué insistes en marcharte? -preguntó el capitán.

-Sólo quiero recoger algunos objetos particulares. Son pequeñas cosas que no puedo dejar detrás. Recuerdos de mi infancia. De mi madre... No temas. Ni me oirán. Aguárdame en La Sirena. Iré allí en cuanto tenga hecho mi equipaje.

Fred estrechó a Ida contra su pecho, murmurando apasionadamente:

-No tardes, porque los segundos serán años, y los minutos siglos.

Ida sonrió dichosa, y con paso rápido se dirigió a la casa de King Colin, adyacente al parador de la diligencia. Sentía dentro de su pecho un himno de primavera y una enorme ansia de vivir. Al fin podría gozar de la existencia anhelada. Le costó un violento esfuerzo no ponerse a cantar.

Subió con rápido paso la escalera y entró en su cuarto. Sacando de un armario un pequeño maletín, comenzó a colocar en su interior una serie de pequeños recuerdos, sólo valiosos moralmente. En el momento en que lo cerraba, la voz de King Colin preguntó, tras ella:

-¿Te preparas para algún viaje, Ida?

La joven se volvió, ahogando un grito de espanto.

-¿No contestas?-insistió King.

-No... no -tartamudeó Ida- Estaba guardando unos objetos.

-Tengo que hablarte. Ven.

King cogió de la muñeca a Ida y la obligó a acompañarle hasta el despacho donde esperaban los otros dos, que al verles entrar sonrieron burlonamente.

-Buenos días, señorita Ida -dijo Blanton.

-Buenos días -coreó Abbot.

-¿Qué quieren de mí?

King, a quien había sido hecha la pregunta, se acarició un instante la barbilla y dijo:

-¿Has pensado alguna vez que ya eres una mujer, Ida?

-Sí. -La respuesta de la joven fue seca y cortante.

-Supongo que no habrás elegido ya novio, ¿verdad?

-Supone usted muy mal -contestó Ida-. No sólo he elegido ya novio, sino que también he elegido esposo y hace una hora me he casado con él.

Si una bomba hubiera estallado en medio del grupo no hubiese producido mayor consternación que las palabras que acababa de pronunciar Ida Hubbard. Buck Blanton fue el primero en rehacerse y, agarrando rudamente del brazo a la joven, preguntó, entre dientes:

-¿Es verdad eso?

-Es verdad -contesto Ida-. No pensaba decíroslo; pero no importa. Ahora ya no podéis jugar conmigo. Si me causáis algún daño no os beneficiará en nada. Si me asesináis, mi dinero irá a parar a manos de mi marido, no a las vuestras.

-¿Cómo te has atrevido? -preguntó Colin-. ¿No sabes que puedo hacer anular tu matrimonio? No es válido si no se ha realizado con mi consentimiento.

-El hombre no puede separar a los que Dios unió -replicó Ida-. Y si intenta anular ese casamiento, primero tendrá que dar muchos pasos y antes de que lo consiga me mataré, y todo mi dinero será para mi marido.

-Fred Farrell -dijo Blanton-. Ya sospechaba yo que el idilio terminaría así. Nos tienen cogidos, King.

-Eso creo -dijo Colin inclinando la cabeza-. Adiós, Ida. Que seas muy feliz.

La joven quedó tan desconcertada por la inesperada actitud de Colin, que casi no se atrevió a moverse. Sonriendo, débilmente, King dijo:

-Los naipes estaban contra mí. Cuando se tiene una mala racha lo mejor es retirarse. Ida: que seas muy feliz. Hubiera querido hacerte un buen regalo de bodas; pero estamos arruinados. Cuando hayamos pagado las deudas, apenas nos quedará lo suficiente para irnos lejos de aquí.

Maravillada por lo que acababa de oír, Ida Hubbard salió lentamente del despacho, temiendo que de un momento a otro King Colin diera una orden contraria y le impidiera reunirse con su marido.

Cuando estuvo en la calle echó a correr hacia el bar La Sirena, en una de cuyas habitaciones se hospedaba Fred Farrell. Este, al verla entrar en el establecimiento, lanzó un suspiro de alivio y acudió a su encuentro, acompañándola hasta la mesa a la que había estado sentado.

-¿Cómo has tardado tanto? -preguntó-. ¿Y el maletín?

-¿El maletín? ¡Oh! Me lo olvidé. Pero... es que al ir a salir, King Colin hizo que le acompañara. Querían obligarme a darles mi fortuna; pero cuando les dije que me había casado, el mundo se les vino encima, porque comprendieron que ya no podían conseguir nada. Por eso me dejaron marchar.

-¿Les dijiste que te habías casado conmigo? -pregunto Fred.

-No. No quise complicarte. Colin es un hombre muy malo y sería capaz de hacerte mucho daño. Marchémonos lo antes posible... ¡Oh!

-¿Qué te ocu...? -empezó a preguntar Fred Farrell, pero no necesitó terminar su pregunta, pues en aquel momento vio lo que Ida había visto antes que él. Cuatro hombres acababan de entrar en La Sirena, que en aquellos momentos estaba casi desierta. Uno de aquellos

cuatro hombres era King Colin. Los otros eran Buck Blanton, Clay Abbot y «Soñoliento» Bray, cuya oreja aún estaba vendada.

Los cuatro hombres avanzaron lentamente hacia la mesa a la que se sentaban Farrell y su mujer. Los pocos clientes de la taberna se apresuraron a apartarse de la posible trayectoria de las balas.

Un silencio de muerte se había hecho en la sala. Era la calma que precede a la tormenta representada por los cinco hombres que, con las armas en el cinto y a punto de ser empuñadas, se enfrentaban para un desigual combate.

King Colin soltó una lobuna carcajada.

-Muy bien -dijo-. Fue usted listo, Farrell; pero no lo bastante listo.

-¿Qué vienen a hacer? -preguntó Ida, colocándose entre su marido y los cuatro bandidos-. ¿Qué pretende, Colin?

-Apártate, Ida -suplicó Fred-. Así me estorbarás.

-Viene a matarte -replicó Ida-. Creí que de veras jugaban limpio y me olvidé de que siempre han sido unos tramposos. Son incapaces de atenerse al juego limpio. Siempre tienen que hacer trampas. ¡Cuantas más mejor!

-El dinero de los tontos es el más agradable -rió Colin-. Y ahora, apártate, Ida. Estas estorbando a unos caballeros que necesitan ventilar una cuestión muy importante.

-No me apartaré -replicó, desafiadora, Ida-. Tendréis que matarme, y aunque sólo muera medio segundo antes que mi marido, no veréis un centavo de mi fortuna, porque todo irá a manos de Fred. Y si él muere irá a parar a sus herederos.

Colin se mordió los labios y los que estaban junto a él se fueron apartando para poder atacar a Farrell desde más puntos. El capitán comprendió las intenciones de sus adversarios y trató de adivinar en qué momento empezarían a disparar contra él. Pero en los pétreos rostros de Colin, Blanton, Abbot y Bray era inútil buscar la menor pista que permitiese intuir sus pensamientos.

-Apártate, Ida -aconsejó Colin-. Si insistes en permanecer aquí no harás más que complicar las cosas para todos. Si Farrell quiere, podemos llegar a un acuerdo.

-¿Qué acuerdo? -preguntó Ida.

-Uno que nos beneficie a todos. Te parecerá imposible;.pero no lo es.

Lentamente, Farrell se fue apartando de su esposa, sin que ella lo advirtiera. El capitán tenía la mirada fija en Colin, que seguía hablando:

-Si usted quiere, Farrell, nuestras diferencias se pueden resolver con un convenio...

Al llegar aquí, Colin levantó la mano izquierda, como para subrayar con un ademán sus palabras, Farrell, cuya mirada estaba fija en aquella mano, comprendió, demasiado tarde, que se trataba de una señal convenida de antemano entre los bandidos, pues los tres que acompañaban a King desenfundaron rápidamente los revólveres.

Farrell lanzó una imprecación y de buena gana se hubiera golpeado por su estupidez al dejarse cazar tan tontamente. Con el pensamiento puesto en Ida, se lanzó sobre ella y la empujó hacia un

rincón que podría servirle de refugio. Por encima de su cabeza pasaron zumbando varias balas.

Hasta que estuvo en el suelo, revolviéndose y tratando de sacar su revólver, Farrell no comprendió que los disparos que sonaban en la sala no iban dirigidos contra él.

-*¡El Coyote!* -gritó, angustiado Abbot, de cuyas manos se escaparon los dos revólveres que sostenían.

King Colin, con el pecho decorado por dos rosetones de sangre, yacía de rodillas, con las manos apoyadas en el suelo, cual si rezara su propio funeral. Bray aparecía junto a una mesa volcada, sumido en su último sueño.

Y con la espalda apoyada contra una de las columnas de madera que sostenían el techo, caídas las manos que habían soltado ya sus revólveres, Buck Blanton trataba de decir algo; pero ningún sonido brotaba de sus ensangrentados labios. En seguida, dejó caer la cabeza sobre el pecho y, lentamente, su cuerpo resbaló hasta quedar tendido en tierra.

Cuando, al fin, consiguió desenfundar su Colt Farrell se dio cuenta de que reinaba un silencio turbado solamente por el estertor de King Colin.

Sonaron unos pasos en el entarimado, y *El Coyote* avanzó empuñando con cada mano un humeante revólver. Deteniéndose frente a Colin, comentó:

-Es tu última partida, King. Diste con una mala racha y no supiste retirarte a tiempo.

El moribundo clavó en *El Coyote* su apagada mirada. Al querer mover una mano cayó de bruces y quedó para siempre inmóvil, con los brazos en cruz y rozando con los dedos la bota de «Soñoliento» Bray.

Haciendo girar los revólveres en torno de sus índices, *El Coyote* se volvió hacia los que habían presenciado el drama y preguntó:

-¿Tiene alguien que oponer algún reparo?

Ninguno de los pocos mineros que estaban en la taberna contestó. *El Coyote* guardó los revólveres en sus fundas y, limpiándose una mota de polvo, marchó en dirección a la puerta trasera, por la que había entrado antes. Al llegar a ella, volvióse y retrocedió hacia Farrell, que estaba ayudando a Ida a levantarse.

-Creo que no volveremos a vernos, capitán -sonrió *El Coyote-.* Pero voy a pedirle un último favor. La iglesia de la Merced, de San Francisco, sería ideal para que repitieran su casamiento más en regla.

-¿Es necesario? -preguntó Farrell.

El Coyote asintió con la cabeza.

-Sí, lo es. Dentro de cinco días podrán volverse a casar. Ni antes ni más tarde.

-¿No puede explicarme por qué nos pide eso, señor? -inquirió Ida.

El Coyote movió negativamente la cabeza.

-No, chiquilla, no puedo decírtelo; pero ten la seguridad de que si te lo pido es porque deseo hacer un bien a cierta persona que... que te aprecia mucho, aunque tú no la conoces.

-¿Quién es? -insistió Ida Hubbard.

-Su nombre te es desconocido... Adiós. Mucha suerte. Y no olvides que ha de ser dentro de cinco días.

De nuevo marchó *El Coyote* hacia la puerta, y esta vez la cruzó. Un momento después oyóse el galope de su caballo y unos gritos de:

-¡EI Coyotel! ¡El Coyote!

Hasta entonces no se dio cuenta exacta Farrell de lo oportunamente que el enmascarado había intervenido. Y al pensar en lo cerca que había estado de la muerte, no pudo contener un escalofrió de horror.

Capítulo XI

La justicia del *Coyote*

La casa de Walter Kreider estaba brillantemente iluminada. Habíanse abierto las grandes puertas que permitían convertir en un largo salón el grupo de salas del primer piso. Oíanse continuamente los taponazos del champán, y hasta la calle llegaban los ecos de la música vienesa que interpretaban dos escogidas orquestas que se turnaban en el esfuerzo de distraer a todos los invitados de los Kreider.

En la sala central, numerosas parejas danzaban, en tanto que otras preferían hacerlo por los pasillos más alejados. Walter y Rosario, de pie junto a la puerta, habían ido recibiendo a los invitados, entre los cuales figuraban distinguidas familias californianas de hispánicos apellidos y antiguos mineros que cinco años antes andaban tras de sus burros sin otra fortuna que sus herramientas de trabajo, mientras ahora, en cambio, poseían grandes fortunas que los habían transformado en otros hombres muy distintos.

Rosario apenas recordaba dos o tres de los nombres que su marido había pronunciado. Pero uno de ellos estaba angustiosamente clavado en su alma.

-Isaac Peheim -había dicho su marido, al presentárselo, agregando-: Es uno de los mejores joyeros de esta ciudad. A él le he encargado el arreglo de tu collar.

Poheim, un hombrecillo menudo y nervioso, inclinó bruscamente la cabeza hacia adelante, como queriendo observar con más atención el collar que lucía Rosario. Esta retrocedió, sobresaltada, y su marido echóse a reír.

-Luego lo examinará, Poheim -dijo-. Ahora deje que ella lo lleve.

-¿Es que se lo vas a dar para que lo alargue? -preguntó Rosario, sintiéndose como perdida en un laberinto de tinieblas pobladas de horribles monstruos.

-Sí. Quiero que lo arregle lo antes posible. Me corre prisa

convertir tu collar en el más hermoso del mundo. ¿Cree quo lo conseguirá, Poheim?

-Seguramente -replicó el joyero, que seguía mirando, lleno de curiosidad, la joya, y que al fin, casi a regañadientes, fue a reunirse con el resto de los invitados, dejando a una mujer para quien la fiesta de aquella noche ya no tendría ningún atractivo.

Cuando llegaron los últimos invitados, Walter y su esposa dirigiéronse al salón principal, y Kreider, inclinándose ante Rosario, pidió:

-¿Me concede la mujer más hermosa del mundo el honor de este baile?

-Con mucho gusto, caballero -sonrió Rosario, pero su sonrisa fue tan poco natural, que Walter preguntó, alarmado:

-¿Es que no te encuentras bien?

-Estoy un poco mareada -replicó Rosario, agarrándose ansiosamente a aquella oportuna tabla de salvación que se le ofrecía-. Tanta gente...

-¿Quieres retirarte un momento?

-No, no es necesario. Supongo que ya se me pasará. Además, el calor influye un poco. La primavera es casi verano.

Walter clavó una honda mirada en los ojos de su esposa, y al fin, sonriendo animador, dijo:

-No te importe despreciarme. Si prefieres que salgamos a la terraza...

-Si acaso, después del baile. Hace más de un año que no sé lo que es un vals danzando contigo.

-Gracias, Rosario.

Y lanzándose al oleaje de suaves notas, durante unos minutos se confundieron con las otras parejas.

Desde un rincón de la sala, Isaac Poheim se acariciaba la barbilla y murmuraba:

-Ese collar... es muy raro. Le encuentro algo extraño. Esas perlas... Pero no, debo de estar en un error. No iba a tratarse de un collar falso.

Por dos veces tropezó Rosario con la mirada del joyero y la poca alegría que había conseguido reunir se esfumó como por ensalmo.

-¡Dios mío! ¿Por qué has hecho que viniera ese hombre?

Pero Rosario no obtuvo respuesta a su pregunta, y un momento después su esposo y ella estaban de nuevo frente al inquisitivo Poheim, que ardía en deseos de examinar de cerca y con ayuda de la lupa el extraño collar de la dueña de la casa.

-Ya es hora de pasar al bufete -dijo Rosario, después de consultar el relojito de oro que llevaba sobre el pecho.

Dirigiéndose hacia una puerta cerrada y custodiada por dos criados, hizo seña de que se abrieran las puertas que daban a la sala destinada al servicio de bufete, y en la cual numerosas mesas aparecían cubiertas de bandejas y vinos y licores colocados a disposición de los invitados.

Walter y Rosario acababan de llenar su copa y disponíanse a

hacer el primer brindis, cuando una irónica voz ordenó:

-Tengan la bondad de mirarme.

Walter y Rosario volvieron la vista hacia el lugar de donde procedía la voz y la mujer lanzó un grito de espanto. De detrás de uno de los cortinajes de una de las puertas que daban a la terraza acababa de surgir un hombre con el rostro cubierto por un antifaz negro. Iba vestido a la mejicana y empuñaba un desagradable revólver de seis tiros.

-¿Cómo se atreve...? -empezó Walter, tratando de lanzarse contra el enmascarado.

-Cuidado -advirtió fríamente el hombre-. No sea impetuoso y procure no discutir nunca con quien tiene en la mano un revólver como éste.

-Si cree que me asusta, está en un error.

-Si no se asustara, ya se habría lanzado encima de mí y yo le hubiera atravesado la cabeza de un tiro.

El enmascarado notó el revuelo que se producía en la sala y advirtió, levantando la voz:

-Que nadie se marche. Es sólo cuestión de un momento. Supe que la señora Kreider poseía un magnífico collar y vine a buscarlo. Tenga la bondad de dármelo, señora -agregó, dirigiéndose a Rosario, que maquinalmente empezó a quitarse el collar.

-¡Es usted un canalla! -gritó Walter, haciendo intención de precipitarse contra el enmascarado.

Este le contuvo con el cañón de uno de sus revólveres y, sin dejar de sonreír, declaró:

-No soy un canalla. Soy, simplemente, *El Coyote.*

-¡El Coyote!

El famoso nombre corrió velozmente por la sala, levantando un murmullo de asombro y curiosidad.

Rosario habíase quitado ya el collar y se lo tendía al *Coyote,* que, sin mirarlo, lo guardó en un bolsillo de su chaquetilla. Iba ya a retirarse, cuando Walter, con el rostro demudado, le pidió:

-Un momento, señor...

-¿Qué quiere? -preguntó, *El Coyote.*

-Escuche... Para usted ese collar que se lleva no tiene ningún valor, aparte del material, ¿verdad?

-Que ya es mucho -sonrió *El Coyote.*

-¿En cuanto lo valora? -preguntó Walter.

-En algo más de cien mil dólares. ¿Por qué?

-Si piensa vender esa joya... yo se la compraré. Dígame el sitio donde podemos encontrarnos y le pagaré doscientos mil dólares.

La sonrisa del *Coyote* se acentuó.

-¿Por qué? -preguntó-. Dígame por qué está dispuesto a ofrecer tanto dinero.

-Porque ese collar tiene para mí un gran valor sentimental.

Mientras escuchaba a Walter, *El Coyote* observaba atentamente a todos los que estaban en la sala.

-Explíqueme ese valor.

-¿No le basta mi palabra?

-No. ¿Por qué da usted tan gran valor a esta joya? -preguntó de nuevo *El Coyote,* sacando del bolsillo el collar de Rosario.

-Déjale que se lo lleve -instó la mujer-. No hagas tratos con ese hombre...

Kreider no hizo caso de lo que aconsejaba su esposa.

-Es un regalo que le hice a ella -explicó, dirigiéndose al *Coyote-.* Al terminarse el ferrocarril, se lo regalé. Por eso estoy dispuesto a pagarle mucho más de lo que costó.

-Bien. -*El Coyote* reflexionó unos instantes-. Un recuerdo sentimental...

Hizo saltar el collar y el choque de las perlas se oyó claramente en el expectante silencio que reinaba en la sala. Luego, como excusándose, agregó:

-Creí que este collar sólo tenía un valor material. Se lo devuelvo, señor Kreider. Esta noche *El Coyote* ha salido de caza y vuelve a su cubil sin ninguna presa.

Dejando el collar en la mano de Walter, *El Coyote* saludó con una profunda inclinación a Rosario, y antes de que Kreider pudiera replicar, desapareció tras la cortina y sus pasos sonaron un momento en la terraza, apagándose súbitamente.

Cuando Walter salió a la terraza no vio a nadie.

El Coyote había desaparecido.

Tan pronto como Walter regresó al salón, su esposa le miró, angustiada.

-¿Qué te ocurre? -preguntó Kreider.

-Temí... temí que te hubiese ocurrido algo -contestó Rosario-. Si aquel hombre hubiera disparado sobre ti...

-Estás pálida.

-No me encuentro bien, Subiré a acostarme. Excúsame con los invitados.

Isaac Poheim, que se había abierto paso por entre los asistentes a la fiesta llegó junto a Walter y, suavemente, le quitó el collar. Rosario, al advertirlo, *s*e mordió el labio inferior y quedó inmóvil siguiendo ansiosamente todos los movimientos del joyero, que parecía estar disfrutando mucho, mientras acariciaba la perlas. Al fin exclamó:

-¡Es fantástico! ¡Jamás lo hubiera creído!

Rosario cerró los ojos, temiendo oí las palabras que no podían dejar de brotar de los labios del joyero; pero cuando Poheim siguió, dijo algo muy distinto de lo que Rosario esperaba.

-¡Es el mejor grupo de perlas ceilandesas que he visto en mi vida! Le felicito señor Kreider. Si alguna vez quiere vender ese collar... Bueno, ya sé que no quiere venderlo; pero es que realmente se trata de un ejemplar de museo. Lo más curioso es que, de momento, debido sin duda a la luz creí... Nunca se podrá imaginar lo que creí.

-¿Qué?-preguntó Walter.

-Pues que el collar era una vulgar imitación bastante bien lograda, pero una imitación, nada más.

-¿Por eso lo miraba tan insistentemente?-rió Walter.

-Sí, sí. Claro que yo ya me imaginaba que todo era debido a un efecto óptico, y que las perlas tenían que ser buenas. No era lógico que usted le hubiera comprado a su esposa un collar de veinte dólares.

-¿Y ahora ya está seguro de que es legítimo? -preguntó, con voz muy débil, Rosario, dirigiéndose a Poheim.

-Desde luego. No puedo equivocarme. Y si sospecha usted que su marido la engañó y le dio un collar de perlas de imitación en vez de uno legítimo, permítame ofrecerle cien mil dólares por esta maravilla. Haré un excelente negocio.

-Tal vez -replicó Rosario-; pero ahora, con su permiso, me retiraré. Han sido demasiadas emociones y no estoy habituada a ellas.

Sumida en un mar de confusiones, Rosario abandonó la estancia y empezó a subir la escalera que conducía a las habitaciones del segundo piso.

En su cerebro se repetía continuamente la misma pregunta:

«¿Cómo un collar falso se había convertido en uno legítimo, por el que un perito de la talla de Isaac Poheim estaba dispuesto a pagar cien mil dólares?»

La respuesta la estaba aguardando en su cuarto.

Capítulo XII

El Coyote se retira

Rosario abrió la puerta de su dormitorio y la cerró tras ella sin darse cuenta de que no estaba sola. Fue al sentarse ante el espejo de su tocador cuando un leve carraspeo la advirtió de la presencia de otra persona en la habitación. Sofocando un grito, Rosario volvióse hacia el punto donde había sonado el carraspeo y vio, sentado en un silloncito, al hombre que poseía la clave de todo aquel misterio.

-¿Usted? -preguntó, emocionada-. *¿El Coyote?*

-Para servirla -respondió el enmascarado, inclinando la cabeza.

-¿Qué... qué desea? -inquirió la mujer.

-Hablar con usted. Supongo que está desconcertada, ¿no?

-Sí; realmente no puedo creer que lo ocurrido sea verdad.

El Coyote rió silenciosamente, mostrando su dentadura; luego, de un bolsillo extrajo una larga sarta de perlas.

-¿Lo conoce? -preguntó.

-¿Es el... el otro? -preguntó a su vez Rosario.

-Sí, el falso.

-Todo esto es una locura -murmuró Rosario, escondiendo el

rostro entre las manos.

-¿Por qué es una locura? -preguntó *El Coyote,* levantándose y cerrando con un pestillo la puerta del cuarto.

-Usted me quitó un collar falso y me devolvió uno legítimo, ¿verdad?

-Sí, es un sistema nuevo de robar.

-¿Por qué lo ha hecho? ¿Qué fin persigue? ¿Qué se propone? ¿Qué desea a cambio de su acción?

-Es usted una mujer práctica... Desde luego, todo lo que se hace tiene un precio. El collar de perlas que le he entregado vale doscientos mil dólares, pues se trata de las mejores perlas que había en el mercado. Además, fue preciso hacerlo muy de prisa, lo cual aumentó su precio A cambio de esos miles de dólares le pediré dos cosas: la segunda, que mañana a las diez de la mañana, acuda a la iglesia de la Merced.

-¿Para qué? -preguntó Rosario.

-Temo que sospeche usted unas malas intenciones que jamás he alimentado. Si quiero que vaya a esa iglesia es porque en ella se casan unos amigos míos. El capitán Farrell y una jovencita de veinte años, que es...

El Coyote movió varias veces la cabeza como para observar mejor a Rosario.

-¿Qué es? -preguntó ésta.

-Luego se lo diré. ¿Irá usted?

-¿Cree que puedo negarme?

-Una mujer hermosa tiene derecho a todo.

-Iré.

-Gracias.

-¿Qué más quiere de mí? -preguntó Rosario-. Me ha expresado su segundo deseo, pero no el primero. ¿Cuál es el primero?

-¿Le gustan los cuentos?

-¿Se burla usted de mí?

-Conteste a mi pregunta.

-No sé. -Rosario se encogió de hombros-. Puede que sí. Todo depende de la clase del cuento.

-El que yo voy a contarle es de los que gustan a las mujeres. Sobre todo a las mujeres que tienen secretos.

-¿Por qué dice eso?

-Escuche mi cuento. ¿Cree que subirán a interrumpirnos?

-Supongo que no.

-El cuento empieza allá por el año mil ochocientos cincuenta y, detalle curioso, en la ciudad de Los Ángeles. Usted la conoce, ¿no es cierto?

-Nací en ella.

-Lo mismo le ocurrió a la heroína de mi cuento. Era una muchacha divina. La más hermosa de la ciudad. Hace un rato, al contemplar ese daguerrotipo que tiene usted en su tocador, me pareció estar viendo a la heroína de mi cuento.

-Si es un cuento no pueden existir personajes reales -recordó

Rosario.

-En efecto. Pero es que usted responde tan bien a la idea que yo tengo de Rosario, que no puedo por menos que imaginarla tal como usted era cuando tenía diecisiete años.

-¿Cómo sabe que yo tenía diecisiete años al ser impresionada esa fotografía?

-¿Los tenía usted?

-Claro.

-Es una casualidad. Como es una casualidad que mi heroína se llame Rosario.

-Ya veo que todo en usted está lleno de casualidades.

-En efecto. La casualidad es mi aliada. Pero volvamos a las desventuras de Rosario, pues la pobre fue muy desgraciada, a pesar de que con el curso del tiempo llegó a poseer una respetable fortuna. En su infancia, Rosario no pasó penalidades, porque nadie las pasaba entonces en California. Pero su familia ya no era rica. Su padre fue bastante loco y dejó que los naipes se le llevaran unos grandes bocados de su dinero. Luego, al llegar los norteamericanos y hacerse la revisión de las propiedades, perdieron otro buen trozo de su hacienda y sólo les quedó lo justo para ir viviendo.

»Aquella linda muchacha estaba enamorada de un hombre que no era digno de ella. Hubiese necesitado un hombre enérgico y encontró un ser débil que sólo sabía amarla con todas sus fuerzas, que no eran muchas.

-¿Se llamaba Julio? -preguntó emocionada, Rosario.

-Sí, Julio era su nombre. ¿Cómo lo adivinó?

-Por casualidad. Continúe.

-Julio y Rosario se amaban, pero eran dos locos, y, por una parte, ella no pensó en las consecuencias que suelen traer las locuras, y por otra, Julio sólo pensó que amaba con locura y con pasión a Rosario. El resultado fue que...

-Su cuento no tiene nada de original, señor *Coyote* -dijo la mujer-. Seguramente me dirá que Rosario se encontró con que iba a tener un hijo.

-Es usted muy sagaz. En efecto, esa desgracia era la que amenazaba caer sobre Rosario. ¡Pobre chiquilla! Estoy seguro de que ella no había pensado ni por un momento en que el amor pudiese tener unas consecuencias tan feas.

-No se esfuerce por adivinar los sentimientos de Rosario en aquellos momentos -dijo, con amargura, Rosario Kreider-. No sabría explicarlos.

-Es posible que no -suspiró *El Coyote-.* En cuanto Julio se enteró de lo que iba a llegar...

-Julio no se enteró antes... -empezó Rosario.

-Esta equivocada, señora. Usted, como mujer, podrá adivinar o comprender los sentimientos de una mujer; pero no podrá nunca adivinar ni comprender los de un hombre débil. Julio supo en seguida lo que iba a ocurrir. Iba a llegarle un hijo y él no tenia ni cien malditos pesos que utilizar para aquel hijo que dentro de poco se presentaría en

el mundo exigiendo atención y armando un escándalo de todos los demonios.

-¿Y qué hizo Julio?

-Era un chiquillo y tenía el cerebro un poco trastornado. Eso le hacia ver las cosas deformadas y encontrar soluciones tan peregrinas como la que al fin utilizó. Una tal Adela, no recuerdo su apellido, estaba locamente enamorada de Julio. Tenia unos añitos más que él; pero no muchos. Era algo feúcha; pero no asustaba. En cambio, era una formidable administradora y, sobre todo, tenía casi ochocientos mil pesos, de los cuales estaba dispuesta a ceder una buena parte a su esposo. Cuando Julio le dijo que la amaba y que quería ser su marido, la pobre Adela casi se murió de la emoción. Se aceleró la boda y se procuró guardar el secreto: pero el guardar un secreto semejante en Los Ángeles era más difícil que guardar un elefante en un armario ropero. Rosario supo la verdad y creyó morir. Julio le dijo que había hecho aquello por su hijo, a fin de que no le faltara nada.

«Rosario estaba en un violento estado de depresión moral, y juró que su hijo le importaba menos que un zapato viejo. Y que si llegaba al mundo lo echaría de él a puntapiés. Tal vez no dijera exactamente eso, pero el sentido fue ése. Julio se casó y a la media hora se enteró de que su rancho, o sea la última propiedad que le quedaba, estaba lleno de oro, pero ya era tarde para que se separase de Adela. Lo único que pudo hacer fue ayudar a Rosario, que marchó a Utah, donde a su debido tiempo tuvo un hijo. Una hermosa chiquilla a la cual ni siquiera quiso ver.

-Por favor, no hable así.

-¿No digo la verdad?

-Sí, dice usted la verdad. No quise ver a mi hija, La odiaba. Odiaba a Julio, a Adela, a mis padres, a los yanquis, a todo el mundo. Creí que ya nunca podría re-hacerme. Me imaginaba caída en el pecado o en un abismo. No sé. Fueron unas semanas terribles.

-Julio estuvo junto a usted, ¿verdad?

-Sí. El se encargó de buscar quien quisiera llevarse a la niña. Pagó muy bien a un par de viejos. Una familia llamada Hubbard.

-Exacto. Mediante una entrega mensual de cincuenta dólares se comprometieron a criar y cuidar a la criatura. La mujer no podía tener hijos y se moría de deseos de tener uno, aunque no fuera de ella. Inscribieron a la niña con el nombre de Ida Hubbard, y como su verdadera madre no quiso saber nada de ella, el padre la atendió hasta el momento de su muerte. Entonces le legó todo el dinero que era suyo: unos trescientos mil dólares que fueron debidamente colocados en un Banco a nombre de la chiquilla, en espera de que fuese mayor de edad y pudiera retirarlos.

-Julio se portó mejor que yo -murmuró Rosario-. Pero yo era una niña, me sentía destrozada, y cuando Walter me pidió que me casara con él me asombró que hubiera alguien en el mundo que encontrase en mí algún atractivo. Le acepté.

-Pero no le confesó la verdad. No le dijo que en el mundo vivía una hija de usted y que había habido otro hombre en su vida. Debió

haberlo hecho.

-Sí; pero no tuve valor. Walter me ofrecía algo más que su apellido. No le acepté porque representara el marido que todas las mujeres esperamos. Él era un hombre enérgico, que sabía lo que deseaba y, además, sabía lograrlo. Él no me dejaría pensar en mis dolores. Y así fue.

-Pero de su unión no nació ningún niño, y a medida que iban pasando los años, usted empezaba a sentir la añoranza del hijo que no había querido ni conocer, ¿verdad?

-Sí. Entonces escribí a Julio. Le envié muchas cartas pidiéndole que me dijese dónde estaba mi hija, pues yo la necesitaba. Julio me contestó que no la buscase, que la niña tenía un hogar y su vida ya formados, y que el hacerle ver que los que ella creía sus padres no lo eran le perjudicaría sin beneficiarla en nada. Se mostró tan enérgico que al fin tuve que desistir de mis esfuerzos.

-Pero dejó usted en manos de Julio una colección de cartas sumamente comprometedoras.

-Sí. No comprendo por qué no le pedí que me las devolviese. Lo habría hecho.

-Y aquellas cartas, al llegar a manos de King Colín y de sus bandidos, se convirtieron en un arma terrible contra usted, que dio todo cuanto pudo por recuperarlas, llegando incluso a vender por mediación de Ah Sing, su collar de perlas.

-¿Cómo sabe...?

-Lo sé todo, señora. Ah Sing le preparó una imitación bastante buena; pero que no podía engañar a un perito como el señor Poheim. Además, desde el momento en que su esposo le anunció que pensaba prolongar el collar, usted comprendió que no le quedaban ya esperanzas de que el secreto de su culpa quedara guardado. Cuando su esposo llevara el collar al joyero, éste le diría que era falso, y en un momento se derrumbaría el edificio de su felicidad.

-Pero, gracias a usted, no ha ocurrido así. Algún día le pagaré...

-Todo está pagado. El collar ha sido adquirido con el dinero que recuperé de King Colín y sus cómplices. Puede que algún día le digan que soy un terrible salteador de diligencias.

-¿Y cómo ha averiguado todo esto?

-Eso forma parte de mis secretos profesionales y no puedo descubrirlos -sonrió *El Coyote-.* ¿He cometido algún error?

-Ninguno; pero quizá las cosas no están tan solucionadas como usted se imagina. ¿Y King Colin y sus hombres? Pueden volverá molestarme.

-Es posible que sus fantasmas se presenten alguna vez en su cuarto, pero no les haga caso y verá como acabarán marchándose.

-¿Sus fantasmas? ¿Es que están... muertos?

-La última vez que los vi, cada uno de ellos tenía en su cuerpo una o dos balas disparadas por mí. Ninguno sobrevivió a su indigestión de plomo.

Rosario inclinó la cabeza. *El Coyote* la seguía observando atentamente.

-¿Por qué quiere que vaya a esa iglesia? ¿Es que se casa... Ida?

-Sí.

-¡Oh! Entonces podré, al fin, verla...

-Podrá verla -dijo, duramente, *El Coyote.*

-¿Por qué me habla así? ¿Es que no podré hacer otra cosa que verla?

-Nada más.

Rosario se puso en pie.

-¡No! -casi gritó-. No. La veré, le diré que soy su madre, que...

-¿Le dirá que fue usted quien pasó noche tras noche junto a su camita cuando estuvo ella enferma? ¿Le dirá que usted destrozó sus manos en penosas tareas para que ella pudiera tener juguetes? ¿Le dirá que día tras día no ha hecho más que pensar en ella?

-No..., eso no... Pero... Le diré que ahora todo va a ser distinto.

El Coyote movió negativamente la cabeza

-No, señora. Si le prohíbo que hable es porque no quiero que sufra usted más. Usted trajo al mundo a Ida Hubbard; pero no hizo nada más. La echó de su lado. No quiso ni verla. No ha sufrido ninguna de las angustias que son las que cuentan en el haber de los padres. Un hijo ama a su madre porque sabe que siempre ha encontrado en ella apoyo, cariño y auxilio. Su hija no ha encontrado nada de eso en usted. Su padre fue mucho mejor. Él, por lo menos, expió su culpa.

-¡También yo! -gritó Rosario.

-No. Usted ha sufrido las consecuencias de su culpa, de haber engañado a un hombre honrado, y le advierto que si la he ayudado ha sido por ayudar a su marido. Por usted no me hubiese molestado tanto.

-Ahora parece mi enemigo...

-Lo soy un poco, señora. Su egoísmo es el que ha perjudicado a todos. Sólo a última hora se acordó de su hija. Y ahora quiere destrozar el altar de amor que Ida ha levantado a Clara Hubbard, que fue su verdadera madre. No. El hombre que se va a casar con ella sabe que Clara Hubbard no fue su madre; pero nunca se lo dirá. Y usted tampoco dirá nada. Ni legará ninguna fortuna que podría trastornar la serenidad en que va a vivir su hija. Si ha pecado y lo reconoce, acepte esa expiación. Vea a su hija y confórmese con ello.

-Me da usted la vida y un momento después me condena a una pena horrible. ¿Qué justicia es la suya?

-La del *Coyote.* La aplico como yo creo más conveniente. Yo he visto mujeres que se han enfrentado con el mundo sin ruborizarse por su culpa, y la han lavado siendo buenas madres. Usted ha buscado un refugio y durante unos años lo ha tenido. Nadie sabrá nunca la verdad. Pero basta con que lo sepa usted. Tendrá que sufrir mucho; porque no sólo se verá privada de su hija, sino incluso de los hijos de ella. Y comprenderá también que si usted hubiera hablado noblemente a su marido, él hubiera aceptado a aquella hija y hoy la tendría para usted.

-¿Y si yo dijese a Ida toda la verdad! ¿Y si le pidiera perdón?

-No conseguiría nada. Para ella usted es una extraña. ¿Cree que a los veintiún años puede su hija aprender a quererla?

-No..., desde luego... no puede. ¡Dios mío!

Rosario ocultó el rostro entre las manos y durante unos minutos las lágrimas se deslizaron por entre sus dedos. Cuando, extrañada por el silencio, levantó la cabeza, *El Coyote* había desaparecido.

Se había deslizado por uno de los balcones y se disponía a salir del jardín cuando una mano le tocó suavemente en el brazo y la voz de Walter Kreider le pidió:

-Un momento, señor *Coyote.*

El enmascarado acercó la mano derecha a la culata de su revólver, pero Walter negó con la cabeza.

-No debe temer de mí -dijo-. Sólo le aguardaba para darle las gracias.

-¿Las gracias de qué?

-De su buena acción. Ahora, por favor, devuélvame el collar falso.

-No tengo ningún collar -replicó, con dureza, *El Coyote.*

La luz de la luna reflejábase, pálidamente, en el rostro de Walter, que expresaba una tristeza infinita.

-Lo sé todo, señor -dijo-. Hace años que lo sé.

-¿Qué es lo que sabe?

-Lo de la niña. No he hablado por no entristecer a Rosario, aunque tal vez debiera haberlo hecho. Pero ella es feliz creyendo que me ha podido engañar. Esta noche los dos pensábamos hacer lo mismo. Yo también tengo un collar como éste -y Walter movió el hermoso collar adquirido por *El Coyote-.* Pensaba cambiarlo al entregarlo a Poheim. Usted se anticipó; pero no es justo que un extraño pague lo que no debe.

El Coyote sacó del bolsillo el collar falso y se lo entregó a Walter, a la vez que guardaba el que éste le tendía.

-Desde que le conocí tuve la seguridad de que era usted todo un hombre.

-Usted quiere decir que soy enérgico, ¿no? No, no lo soy. Amo tanto a mi esposa que pasaría por todas las debilidades con tal de conservarla. Muchos hombres me considerarían despreciable.

-Sólo los canallas desprecian un amor tan grande. Yo le felicito por él. Y le aseguro, señor Kreider, que me honro al estrechar su mano.

Durante unos segundos, el financiero y el famoso enmascarado cuyo nombre hacía estremecer a los que vivían al margen de la Ley, conservaron sus manos unidas. Por fin, *El Coyote* dijo:

-Mañana, en la Merced, se casa Ida Hubbard, Rosario irá a ver la boda.

-Yo la acompañaré. Tengo deseos de conocer a la hija de Rosario.

-Yo también estaré; pero no me conocerá -sonrió *El Coyote-.* Adiós.

-Adiós y buena suerte.

Un momento después, *El Coyote* saltaba el muro del jardín y, montando en su caballo, se alejaba a través de las desiertas calles de San Francisco.

Un chino muy joven llegó a la casa donde se hospedaba Ida Hubbard unos minutos antes de que la joven marchara a la iglesia.

-Un légalo pala usted, señolita -dijo, colocando en manos de la

joven un estuche de raso y partiendo sin esperar los comentarios de Ida.

Ésta, extrañada, abrió el estuche y lanzó un grito de asombro al ver, sobre un lecho también de raso, un magnífico collar de perlas, sobre el cual se veía una cartulina con esta inscripción:

«Alguien me lo dio para que yo se lo entregara. Vale una fortuna. No deje de lucirlo en la boda.»

-Un mensaje del *Coyote* -murmuró Ida, mientras adornaba su cuello con el maravilloso collar.

Cuando, media hora después, entraba en la vieja iglesia de la Merced, todos los que aguardaban para presenciar la boda se fijaron en el collar.

-Seguro que es falso -dijeron unas muchachas.

Pero Walter Kreider, que estaba tras ellas, rectificó:

-No, no es falso. Vale una fortuna.

-¿Cómo lo sabe? -preguntó una de ellas.

-Porque... porque se lo regaló *El Coyote.*

Las muchachas se echaron a reír y su risa pareció despertar a un caballero elegantemente vestido que hasta entonces había dormitado en uno de los bancos de la iglesia. Al volverse, para averiguar de dónde procedía la risa, su mirada tropezó con la de Walter Kreider, quien abriéndose paso a través de las muchachas, fue hacia él, saludándole:

-¿Cómo está usted, don César?

-¡Mi querido señor Kreider! Muy bien. Es decir, sólo regular, pues llegué esta mañana de Sacramento y estoy molido. Por cierto que me dijeron que hoy se casaba el capitán Farrell, y aunque no nos profesamos una gran simpatía..., pues le he comprado unos cubiertos de plata y aquí los tengo -y César señaló un paquete-. Pero ahora estoy en un apuro.

¿Cree usted que estaría muy mal que se los entregan cuando salgan de casarse? Yo no sé su domicilio...

-Sssrt -indicó Waher-. Silencio. Ahora los van a casar. Sentó una emoción... ¿Por qué será?

-Tal vez porque se casa el capitán.

-No, no es por él. Pero usted no sabe... Si supiera... Entonces comprendería mi emoción. Esa mujercita podría haber sido mi hija; pero... no lo fue.

-No se atormente, así, señor Kreider, yo estoy en las mismas condiciones que usted. Haciendo un esfuerzo también habría podido ser mi hija y tampoco lo es; pero, ¿qué le vamos a hacer? No todas las muchachas bonitas del mundo pueden ser nuestras hijas. Hemos de dejar algo para los demás.

-Usted es un escéptico, don César. Por eso es usted feliz; pero si supiera lo que a veces se oculta debajo de una apariencia como la mía... Tal vez algún día se lo cuente todo. Y ahora no nos perdamos nada de la ceremonia.

-Conforme; pero a ver si se le ocurre cómo puedo entregar el

estuche de cubiertos de plata. Yo me he quebrado tanto la cabeza que estoy cayendo de sueño.

Mas Walter Kreider no le escuchaba. Estaba pensando en Rosario, a quien sabía oculta en un rincón de la iglesia; en Ida, a quien veía casar, *y en El Coyote,* que, sin duda, estaría cerca de él; pero, ¿dónde?

Estaba tan enfrascado en sus pensamientos que ni oyó el ruidoso bostezo del escéptico don César de Echagüe.